

IDEAS Y FIGURAS

REVISTA SEMANAL DE CRÍTICA Y ARTE

OFICINAS: VICTORIA, 1287

ALBERTO GHIRALDO
DIRECTOR

Año V

BUENOS AIRES, MARZO 7 DE 1914

Número 186



Los amores de la
Virreyna — Drama
de época en cuatro
actos - Por Enrique
García Velloso.

La Virreyna: actriz María Teresa Labarta

Vida traidora y cruel
Que acechaste mi ignorancia;
A tu cita soy puntual:
¡Ya estoy en la encrucijada!

—¿Que quieres de mí? ¡No temo
Porque quemé mis navíos;
Porque alcé, loco y triunfante
Sobre mi pasión el grito;
Siendo por mi amor más noble
Inmolándome a mi mismo,
Que tú, ramera cobarde,
Adornándome caminos
Para que en ellos pisando
Pisara sobre el abismo!

¡Vida artera, vida cruel
Que halagando mi ignorancia,
En una fiesta de esclavos
Sin espíritu y sin gracia,
Me vestiste de payaso
Para que, lleno de audacia,
Sin escrúpulo y sin freno
El tirano me humillara!

ALBERTO GHIRALDO.

Montevideo, Carnaval de 1914.

IDEAS Y FIGURAS

REVISTA SEMANAL DE CRÍTICA Y ARTE

OFICINAS: VICTORIA, 1287

ALBERTO GHIRALDO
DIRECTOR

— Los amores de la Virreyna —

(Drama de época en cuatro actos por E. García Velloso) (1)

A Joaquín de Vedía.

REPARTO

D. ^a Inés de Monserrat, histrionisa del teatro de la Cruz.....	BLANCA PODESTA
D. ^a Jesusa Garci-Benegas, virreyna.....	MARIA T. LABARTA
Teodora Irala, dama de la virreyna.....	CAMILA QUIROGA
La Pajolera, pulpera del barrio del Pecado.....	AURELIA FERRER
Estrella, maja.....	BLANCA VIDAL
Pitusa, maja.....	EMILIA VIDAL
Fernanda, maja.....	LIVIA ZAPATA
Dominga, bailarina criolla.....	MARIA CAMBRE
Sor Trinidad del Dulce Nombre de Jesús.....	N. N.
D. Pedro de Melo, virrey del Río de la Plata.....	PABLO PODESTA
D. Santiago de Liniers.....	A. FERRER LIRI
Baltasar Paredes Angulo.....	ARSENIO MARI
D. Martín de Alzaga.....	JULIO ESCARCELA
D. Juan Manrique.....	ELIAS ALIPPI
Montero.....	ALBERTO BALLERINI
Nicora.....	ALBERTO CONOSCIUTO
Fray José de las Animas.....	JUAN CIENCIA
O'Gorman.....	CARLOS BETOLDI
El capitán Pelayo.....	MIGUEL COIRO
El jefe de la ronda.....	JUAN CIENCIA
Padre Roque.....	ANGEL CUARTUCCI
Rodrigo.....	N. N.
El Genilito.....	CONSUELO LABARTA
El Chala.....	ARTURO CALDERILLA
Indios, mestizos, libertos, soldados y toreros.....	

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Uno de los jardines del Palacio del Virrey. Piérdense en una lejana imponente los naranjales y los parrales. A la derecha, en chaflán, un pedazo de edificio que pertenece a los fondos del Palacio. Predomina el estilo plateresco, especialmente en las cornisas de las ventanas voladas que enfrentan a una especie de «serres» y de las puertas a las que da acceso una escalera de piedra con baranda de hierro. A la izquierda, en último término, los fondos de la capilla, con puerta y ventana ajustadas al estilo de las construcciones jesuíticas en América. En el lateral izquierda un pabellón que comunica con la calle. Bancos rústicos, banquetas, mesa. Cae la tarde. Cuando sea de noche, se transparentarán las luces interiores de palacio y se iluminarán las vidrieras de la capilla. Estas, representan a San Francisco Bolaños platicando con los indios y el pasaje de Jesús y la Magdalena. Búsquense efectos escenográficos entre la perspectiva de los naranjales y las hojas plateadas de la vid.

El padre Roque y dos monaguillos revistiendo un San Roque, muy al fondo del escenario. Un indiecillo y dos esclavos limpiando con bayetas los atributos de plata: una cruz, un facistol y diversos ornamentos. Sobre un paño negro, irán acumulando pedazos de cirios que van sacando de los candelabros de plata y oro. El capitán Pelayo Ortiz, duerme sobre el banco rústico de la derecha. Su chaquetilla y correa están en una banqueta.

ROQUE—Apurarse... que se nos marcha la luz. ¿Faltan aun limpiar muchos ornamentos? ¡Benditas sean las enaguillas del Señor! ¡Todavía estamos así? Tú, bergante, entra los candelabros a la sacristía... Y tú, recoge todos esos cabos y llévalos volando a la Merced... Allí te entregará el padre Felipe veinte cirios de cera y los traes sin entretenerme en matar gorriones con la onda... (Cumplen las órdenes. Un monaguillo conduce los candelabros a la capilla y otro, des-

(1) Estrenado en el Teatro Nacional (C.) de Buenos Aires la noche del 5 de Marzo de 1914.

pués de anudar el lienzo de los cirios se marcha por el pabellón del lado lateral izquierda, que conduce a la calle). ¡Qué fatigas! Esto no tiene fin. (Contemplando el San Roque). Ha quedado precioso, ¿verdad? Lo pondremos a la derecha de la Purísima. (Se oye un redoble de tambores y un toque de corneta).

PELAYO—(Incorporándose). ¡El virrey...?
ROQUE—No. Es el cambio de la guardia. (Pausa).
PELAYO—Se acabó la tarde... Pasó la siesta.
ROQUE—Has dormido como un lirón.
PELAYO—Mal dormir el mío... Sueño atrocemente.
ROQUE—Se te habrá indigestado el cabrito... Comistes en demasía...
PELAYO—(Poniéndose de pie). No... Es este aire perfumado... Hace además un calor... (Comienza a vestirse).
ROQUE—Propio de Diciembre capitán.
PELAYO—Pero va a llover.
ROQUE—Dios no lo permita. Sería muy triste que el aniversario de la Purísima tuviéramos que celebrarlo sólo bajo las bóvedas de la catedral. El Sr. de Alzaga y el obispo Velarde, han preparado un programa religioso y profano, más suntuoso que el día que juramos fidelidad a Carlos IV. Mañana, apenas el sol asome, tronarán los cañones del Fuerte; luego sus señorías el virrey y la visoreyna oirán misa en la capilla de Palacio y de aquí saldrán bajo palio seguidos de los cabildantes, los alcaldes, los golillas y veinte escopeteros de la guardia rumbo a la catedral. Más tarde habrá gran yantar en Palacio y corrida de toros en el Retiro.
PELAYO—A mí lo único que me entusiasma del programa, son los números que se te han olvidado...
ROQUE—¿Te referes a las comedias que van a echar los oficiales del presidio?
PELAYO—Lo que hagan los oficiales del presidio, no cuenta para mí. Lo que me importa, es la presencia de Inés Monserrat en el teatrillo que han improvisado aquí, en palacio...
ROQUE—¡Va de retro!... No la mientes tan siquiera a la Monserrat.
PELAYO—¿Por qué? ¿Has visto tú entre las santas de tus altares una cara más errana, unos ojos con más fuego, una boca más prometedoras?
ROQUE—¡Capitán! ¡Que las santas de los altares no tienen cara serrana!...
PELAYO—¿Que no? Dímelo a mí, que me sorbió el seso una Santa Catalina de Murillo que está en la catedral de mi Sevilla de ensueño. Tenía unos ojos... ¡Oh! si no hubiera estado pintada...!
ROQUE—Si sigues blasfemando, te dejo solo.
PELAYO—Pues punto en boca. ¿Hay agua fresca en el botijo?
ROQUE—Terciada con naranja y unas gotitas de aguardiente peruano.
PELAYO—¿Unas gotitas, nada más?...
ROQUE—Unas gotitas, hermano. (Alcanzándole el botijo).
PELAYO—(Después de beber). Con que gotitas, ¿eh?
ROQUE—Te resulta fuerte...?
PELAYO—Me resulta delicioso. ¡Benditas sean las viñas del Perú.
ROQUE—(A los monaguillos que ya han entrado los ornamentos a la capilla). Lleven con cuidado el santo. (Cumplen la orden).
PELAYO—Dime... tú que parece que no te enteras de nada y lo sabes todo... ¿Ensayarán esta tarde los oficiales del presidio?
ROQUE—Creo que sí. El tablador para la loa está ya listo. Falta solo colocar unos lienzos bordados. Barravino, el alarife que ha dirigido el ornato, los traerá luego. Desde que al empecatado de Vertiz—el Señor me perdona—se le ocurrió fundar un teatro os enviciastéis con las malhadadas comedias. Pero Dios que vela por nosotros

y por la tranquilidad del virreynato convirtió en pavesas aquel antro de perdición.
PELAYO—Pues mal que te pese, volveremos a tener teatro; el poeta Labardén escribirá otro «Siriopo» y la gracia divina de la Monserrat nos hará sentir los versos de Tirso y de Lope, que fueron frailes como tú.
ROQUE—¡No!... no me entiendes; no está el mal en la obra de esos inmortales varones;... está en los faranduleros que la interpretan... Todos ellos son abortos del Averno... Aquellos que trajo el Sr. de Arredondo causaron muchas desventuras... La Monserrat pertenecía a la innoberable farándula del teatro de la Cruz en Madrid; por su culpa, el capitán Montaña que vino tras ella al Río de la Plata, retó a duelo al oidor Penela... Este le hundió el hierro hasta el pomo... ¿Recuerdas? Fué por amores bastardos...
PELAYO—Amores divinos o infernales... pero amores al fin... ¡Bien muerto estuvo, si dió su sangre por ellos...!
ROQUE—Si el Sr. de Arredondo, no hubiera sido un regalista de la escuela de Carlos III, habría expulsado de aquí a la Monserrat, en aquel entonces.
PELAYO—¿Por qué? ¿Qué hizo esa mujer en mal de nadie?
ROQUE—Quizá su excesiva bondad para ciertos personajes no sea en el fondo más que un horrible daño. La Monserrat, se parece a esas frutas de aspecto apetitoso, que anidan por dentro gusanos... Ya no es un misterio que la Monserrat se entienda en amores ilícitos con el francés Liniers...
PELAYO—Paparruchas, imaginativas de la sutileza policíaca de Alzaga a quien los dedos se le antojan huéspedes. Vive inventando una conspiración todos los días. Y pareciéndole poco esto de las asonadas que nunca estallan, ha dado además en decir muy por lo bajo que la virreyna...
ROQUE—¡Chist...! por caridad...!
PELAYO—¡Sí...! que la virreyna y Liniers también se entienden...
ROQUE—¡Silencio! capitán, que pueden oírnos...
PELAYO—Y azuzado por el canalla de Manrique—que ese sí persigue de amores a la virreyna—anda en no sé qué indagatorias vergonzosas para poner en evidencia a Liniers...
ROQUE—¡Por los clavos de Cristo, que van a costarnos la cabeza tales indiscreciones!... ¡Calla...!
PELAYO—¡Callar! ¡Callar! Por callar muchas cosas, pasa lo que pasa. Pero no te olvides que yo también tengo mi hierro y que si fuera preciso sabré desenmascarar a los farsantes.
ROQUE—¿En homenaje a la Monserrat o a la Virreyna?
PELAYO—En homenaje a las dos.
ROQUE—¡Silencio! Gente. (Disimulando).

ESCENA SEGUNDA

Dichos y Paredes Angulo

ANGULO—(Por el pabellón de la izquierda. Trae los trebejos de afeitar). Buenas tardes hermano Roque; salud, capitán.
ROQUE—Dios te bendiga, Angulo.
PELAYO—¿Cómo estás ilustre barbero?
ANGULO—Cansadillo, capitán.
ROQUE—Hace días que no te veíamos por aquí.
ANGULO—Desde que su señoría el Virrey y nuestra muy amada la virreyna, se marcharon de asueto a su quinta del Toyo, no tenía a qué venir a Palacio. Esta tarde, recibí aviso de que así que el sol picase poco, Don Pedro de Melo y Doña Jesusa, regresarían y vengo a hermosearlos según

costumbre. ¡Ah! tengo las manos rendidas. Con motivo de las fiestas de mañana he peinado diez y seis pelucas; he engomado nueve postizos y no sé si me quedarán brazos para afeitar entre esta noche y el amanecer a personajes de pro y maquillar a las damas linajudas. Ser el favorito de un magnate como Don Pedro, tiene sus inconvenientes...
PELAYO—Pues antes de que se te acaben los brazos, prepararás la vacía para afeitarme a mí también.
ANGULO—Después que sirva al Sr. Virrey...
PELAYO—¡Oh! El virrey aun tardará. Además, posiblemente no tendrás la honra de afeitarte hasta mañana, pues vendrá muy cansado de su viaje.
ANGULO—No... Se equivoca el Sr. capitán. Doña Jesusita obliga a Don Pedro a que se rasure todos los días, pues no le parece decente—y esto sea dicho en la mayor reserva—que una joven como ella, con cuarenta años menos que su marido, luce sus mejillas rosaditas y zaumadas junto a las de un sátiro puercoespín...
ROQUE—¡Angulo...!
ANGULO—Secreto de confesión, padre... A pesar de la afeitada diaria, han transecurrido veinte meses de matrimonio, sin sucesión...
PELAYO—A este paso, pierdes la privanza de Don Pedro...
ANGULO—No... El virrey no ve más que por mis ojos desde la bendita mañana que se posó mi filosa navaja en sus mofletes...
PELAYO—¿Cómo te introdujiste en Palacio?
ANGULO—Dice un refrán, que no hay hombre sin hombre. Mi hombre fué el pintor Fontis.
ROQUE—Que decoró la capilla de Palacio...
ANGULO—Precisamente, en aquellos días yo le servía de modelo porque el oficio de barbero daba aquí muy poco. Pero fué saber la gente que yo rasuraba al Virrey para que todo Cristo quisiera andar con la cara lustrosa... Pues si, merced a Madame Dubarry, Francia contó con un Leonardo; gracias a Fontis, el Río de la Plata tiene su Paredes Angulo. El me presentó al Sr. de Melo; le serví; le dejé la cara como un alabastro... con gran contento de Jesusita... y desde entonces soy su peluquero y persona de confianza. Me invita a comer cubileta de picadillo, me regala de ese excelente tabaco que S. M. Carlos IV, le manda cada seis meses... En fin... le tengo tan agarrado, que le hago echar doblones hasta por el ombligo... Esto en la mayor reserva capitán...
PELAYO—Habla cuanto te venga en gana.
ANGULO—Ya sabe el señor capitán, que de la discreción nace mi éxito. La profesión de barbero está obligada a los más íntimos secretos. Sólo digo, lo que decir se debe.
ROQUE—Nos consta que tus indiscreciones resultan siempre adrede...
ANGULO—Si así no fuera, yo no habría entrado en la antecámara del terrible señor de Alzaga; yo no peinaría a Doña Urraca Serrallonga que lo tiene todo postizo; ni maquillaría a la hermosa Monserrat... De allí vengo... Se ha quedado estudiando el papel de la comedia de mañana...
PELAYO—¿Cómo estaba?
ANGULO—Hermosísima la dejé. Trajeada con una camisolina de Venecia orlada de lazos color de fuego; luciendo un cuello de cisne, blanco, tibio... oliente como un jazmín...
ROQUE—¡Hermano!
PELAYO—Signe, sigue...
ANGULO—Reclinada en una de aquellas butacas episcopales que fueron del obispo Azamor... Surgía como una visión paradisíaca del damasco carmesí del espaldar... Las piernas en cruz, tenían una morbidez más pura que las de esa estatua de

marfil que el Sr. O'Gorman exhibe en su bufete, para tormento de sus contentulios. Y los pies...
ROQUE—¡Te prohibo que continúes...!
PELAYO—¡Y yo te mando que sigas!
ROQUE—(Retirándose). ¡Qué horror! ¡Yo no escucho!
ANGULO—Y los pies... asomaban como dos palomas en el nido de sus chapines de oro y rojo... Le pinté las cejas... le encendí las mejillas... quedaron sus labios como dos cerezas prestas a ser devoradas por sus propios dientes... ¡Oh! Luego vendrá a palacio... Veréis que hermosa está!
ROQUE—¿Otra vez aquí...?
ANGULO—Sí... a ensayar la loa... a prepararlo todo para mañana. ¡Oh! Mañana estará divina! Me inquirió noticias de Liniers...
ROQUE—¿Lo está Vd. viendo, capitán? (El capitán hace un gesto de silencio).
ANGULO—Dice que hace tres días no sabe de él... Y con un profundo gesto de dolor agregó: hace tres días también que se marchó la virreyna a su quinta del Toyo... ¿Qué querría insinuar con esta asociación de ideas la Monserrat? (Pausa larga).
PELAYO—¿No sabes, si la Monserrat, ha conversado hoy con Alzaga?
ANGULO—Con Alzaga, no. Quien estuvo con ella, en la Alameda, casualmente como comprenderán Vds., fué Manrique... el amanuense de su señoría el virrey... El Sr. de Alzaga, no tiene tiempo que perder en visiteos más o menos galantes... Su olfato de perdiguero se siente atraído por otras huellas. El Sr. de Alzaga... y esto es una simple suposición, seguramente errónea, tiene entre sus manos inquisidoras los hilos de una nueva conspiración...
ROQUE—Que los árboles oyen...
ANGULO—Si estos árboles oyeran, ya nos habrían dado garrote a los tres... Tenga fe en la discreción de los árboles, hermanito...
PELAYO—¿Has oído algo?
ANGULO—Oír, poco. Ver, mucho.
PELAYO—¿Qué viste?
ANGULO—Muy de madrugada... Pero por San Canuto bendito, que esto quede entre nosotros...
ROQUE—¡Oh! descuida.
PELAYO—¡Oh! descuida.
ANGULO—Muy de madrugada, volvía yo de cierta aventurilla que me tiene encalabrinado,—una mulata tallada en ébano, capitán!
ROQUE—Hermano, eres impúdico...!
PELAYO—Continúa...
ANGULO—Pues bien... volvía arrebujado en mi capa, con la redecilla hasta los ojos y andando como quien pisa cáscaras de huevos, cuando ví un grupo de gente que se colaba en el huerto de la Pajolera. Apresté el paso... tiré el pestillo de mi casa y me acurrugué en el zaguán abriendo apenas la falsilla de la puerta. Los del huerto volvieron a salir; todos estaban embozados. Apagaron las linternas. Amanecía... Y entre el grupo distinguí al Sr. de Alzaga.
PELAYO—¿Hablaron?
ANGULO—Sí... pero muy quedo. Entre las frases entrecortadas a retazos: Liniers... conjuración, franceses, Don Pedro, Virreyna... asesinato... traición... todo así, en un revoltijo de rompecabezas, de charada o de acertijo imposible de descifrar... Pero ahí veo que llega el Sr. Manrique... Silencio... Ni una palabra... (Al ver a Manrique con Nicora, en el bufete, de detrás de los cristales, Roque se pone a recoger el crucifijo y las bayetas; Pelayo se concluye de atar el correaje y Angulo se pone en actitud de escuchar lo que conversan Manrique y Nicora).

ROQUE—Yo me elimino, pues aun la iglesia está desmantelada.

ANGULO—Quédate que de aquí a mañana faltan muchas horas...

ROQUE—No... es que como estamos en las flores de María, vendrán beatas a interrumpirme.

PELAYO—Con no abrir la puerta que da a la calle.

ROQUE—¡Imposible! Su señoría la Visorreyña me lo tiene prohibido. Además hoy predica Fray José de las Animas... (Yéndose en dirección a la capilla).

PELAYO—Predica Fray José? ¡Oh! espectáculo completo... Ensayo de la comedia por la Monserrat, sermón en el púlpito de la capilla...

ROQUE—¿Qué profanación estás diciendo?

ANGULO—¡Perdónele! (Desaparece Roque).

PELAYO—¿Quién conversa con Manrique?

ANGULO—No me extraña que Vd. no le conozca. Llegó hace cinco días de Córdoba. Tiene mucho valimiento con el marqués de Sobremonte. Vino consignado al Sr. Basavilbaso, quien le nombró en seguida primer teniente de Correos... Como hoy llegó el bergantín «Duque de Osuna», procedente de la Coruña, debe estar haciendo entrega de algunos pliegos reales para el Virrey... (Mirando aviesamente).

PELAYO—¿Primer teniente de correos y ya pico a pico con Manrique? No recibiremos cartas de la Península nunca.

ANGULO—Yo sí que las recibiré...

PELAYO—Es triste gracia esta, de no recibir sus cartas o de recibirlas ya leídas por otros... ¿Tú de qué medios te vales?

ANGULO—Me trae los pliegos un antiguo camarada de fatigas, que se busca la vida por los mares, en vista de lo mal que le iba en tierra firme. Ahí salen.

ESCENA TERCERA

Dichos, Nicora y Manrique

(Nicora es un mestizo buen mozo, de finas maneras, de mirar altanero; viste con pulcritud. Manrique es un hombre extremadamente pálido, de ojos ojeros, de labios finos. Lleva los dedos aprisionados por anillos con gemas de obispo. Mira hipócritamente y habla siempre con un tono melifluo y pausado.)

MANRIQUE—Buenas tardes. (Saliedo del Palacio).

ANGULO—Dios guarde al señor Manrique.

MANRIQUE—Capitán. (Saludando). El virrey debe haber salido ya de su quinta. Monte a caballo y con diez dragones aguárdele Vd. en el bajo de la Recoleta para prestarle escolta. Al oficial que acompaña a Su Señoría, ordénele Vd. que regrese a la quinta del Toyo con sus soldados. En lugar de traerlo por la calle de Santa Teresa, avancen Vds. por la Alameda y entren a palacio por la calle de los Mendocinos, pues con lá lluvia de antes de ayer se ha mudado el paso de las Torres y está vedada la puerta principal de palacio. Imparta las órdenes precisas para que el Virrey entre por aquí.

PELAYO—Bien. (Vase por el pabellón de la izquierda).

MANRIQUE—Y si Vd. prefiere aguardar para entregar los pliegos en propia mano, queda Vd. en su casa.

NICORA—Gracias, señor. Aguardaré. Tengo orden de entregarlos en propias manos.

MANRIQUE—Adios. Y tú, Angulo. Cuando te desocupes con el Virrey, te necesito.

ANGULO—Soy su humilde servidor. (Vase Manrique por el pabellón de la izquierda).

ESCENA CUARTA

Nicora—Angulo

(Hay una breve pausa).

ANGULO—Le esperé a Vd. toda la mañana ansiosamente.

NICORA—Me fué imposible hacer un minuto para verle.

ANGULO—Y en verdad que nuestra conversación tiene que ser muy interesante.

NICORA—¡Torpe de mí! Cuando ayer me dió Vd. el libro de Rousseau, debí comprender que Vd. era de los míos...

ANGULO—(Examina el terreno). Su amistad con Sobremonte me hizo entrar en cavilaciones. ¿Será?

¿No será...? De ahí, pues, que no me franquease.

NICORA—Estamos solos.

ANGULO—Responde entonces: «Cruz de Malta».

NICORA—«Miranda y libertad».

ANGULO—Tu mano. (Se dan la mano).

NICORA—(Separándose). ¡Silencio!

ANGULO—Eres Juan Medina...

NICORA—Y tu Auñón...

ANGULO—Más bajo... (Pausa). En el bergantín que hoy aneló, recibí pliegos de Londres. España suspende las hostilidades a Francia. Carlos IV ha pactado con el Directorio. Miranda me envía la copia de la paz de Basilea y me inquiera noticias tuyas.

NICORA—Breña entonces...

ANGULO—Está con nosotros. Pero si el virrey recibe el pliego de Madrid, anunciándole que la Paz de Basilea ha entrado en vigencia, nuestros planes fracasarán. Preciso es azuzar el odio contra el francés; distraer a Alzaga en las redes de una rebelión de franceses en Buenos Aires, así nosotros operamos sin caer en ninguna suerte de espionaje. Hay que retener el pliego real...

NICORA—Sería inútil su retención, pues por cartas particulares habrán llegado las mismas noticias para Alzaga y otras personas de valimiento.

ANGULO—¡No importa! Ellas no tendrían nunca la fuerza que un pliego llegado del palacio de San Ildefonso. ¿Cuántos meses hace que faltas de Bogotá?

NICORA—Un año justo hizo ayer. ¡Que horrible peregrinación a través de toda la América! Que serie de artimañas para ocultar que era sobrino de Nariño; que había estado en la tragedia de Tupac-Amarú; que había visto al descendiente de los Incas atado a la cincha de cuatro caballos; que ví atenecear a Hipólito y a Francisco, hijos del bravo Tupac... Y tú... ¿cuándo te embarcaste para el Río de la Plata?

ANGULO—El mismo día en que Miranda cayó envuelto en la desgracia de Dumouriez y fué acusado ante el tribunal revolucionario. Hasta que Miranda salió de la Force, después de haber sido vendido por el traidor Caro, no supe nada ni tuve noticias del maestro que volvió los ojos a Inglaterra en la seguridad de que podía ser un fuerte sostén para los proscriptos, mediante el compromiso de entregar 30 millones de libras esterlinas pactadas con Pitt... Ahora, 10.000 hombres de los Estados Unidos aguardan el grito que ha de resonar desde Caracas hasta el Cabo de Hornos. Dumdas ha escrito ya al gobernador de la Trinidad. Miranda y Hamilton están entendidos... Pero cuéntame antes como lograstes la amistad de Sobremonte en Córdoba. Eso es prodigioso...

NICORA—Llegué a Córdoba, sin recursos, después de una travesía trágica por el Alto Perú. Unos indios de Sucre me proporcionaron compañía hasta Jujuy... De allí, solo, reanudé la marcha; viví

una vida salvaje en los bosques del Aconquija. Pero había jurado a mis hermanos de Bogotá, llegar a Buenos Aires... Seguí la marcha... Hambre, sed, inclemencias del tiempo... nada contenía mis ansias de avanzar hacia el enigmático sud... Resonaba en mis oídos el erugir de los huesos del indio sublevado... «No desmaye tu brazo... hiera tu puñal», me decían el espectro de Hipólito y la cabeza de Francisco sangrando en la pica inquisitorial del Cuzco... Seguí... Y una noche por fin vislumbrar mis ojos las torres de Córdoba... Tenía hambre y sed. Llamé en la portería de Monserrat. Allí me dieron los franciscanos cena y albergue. Conté mis penurias sin descubrir mi nombre, pero conté la verdad de mi amargura. Dije que por ser mestizo, no quisieron admitirme de oficial en un cuerpo de nobles en Bogotá. Mi excelente caligrafía catequizó a los frailes. Hice muchas copias para la Biblioteca del colegio Máximo.

ANGULO—Pero a Sobremonte, a Sobremonte, como le conociste?

NICORA—Por una obra de paciencia. Copié en pergamino las jaculatorias de Duarte Quirós con que le obsequió la comunidad el día de su santo. Admirado el marqués de aquel prodigio que le permitía leer sin quevedos lo escrito, me llamó... me hizo su pendolista, me convirtió en su privado, hasta que le dije que quería estudiar cánones y Teología en el Real Colegio de San Carlos de Buenos Aires. Me regaló entonces doscientas onzas y me recomendó al Sr. Basavilbaso con tan entusiasta elogio que me nombró teniente de correos.

ANGULO—¿Eres prodigioso!

NICORA—¿Y tú, cuánto tiempo hace que faltas de Venezuela?

ANGULO—Estuve hace tres años dos horas, nada más en Caracas. En realidad se han cumplido veintitrés años que salí de mi patria. Sufrí ocho meses de carayela, para llevar una carta a nuestro hermano Zubezú, ahorcado después en Quito... ¡Oh! he jurado no volver a ver los bosques de mi patria, hasta que la libertemos... Mi padre, que por dictado divino llegó a oír de la audiencia de Caracas, murió siendo yo muy niño. Encomendado al marqués de Olañeta, primo del conde de Aranda, apuré una adolescencia tristísima en aquella casa donde todo olía a inquisición... Llamado Olañeta a Madrid, me llevó consigo... De allí dimos un salto fantástico a San Petersburgo... Olañeta había sido nombrado espía del gobierno español... Y desde entonces asistí a las más espantosas tragedias... Disfrazados unos días de mendigos... otros de músicos ambulantes, otros de buhoneros sin patria... durmiendo en la estepa, exponiendo la vida en un gesto inconscientemente delator...

NICORA—Un momento... (mira). No... nadie. Sigue.

ANGULO—Una mañana, vimos llegar a Peterhof a Catalina de Rusia, acompañada de espléndido séquito. Las tropas la seguían como fascinadas... Tres días después asesinaba Orlof a Pedro III... Huimos de allí... No se como... por arte de encantamiento llegamos a Suecia en el momento en que Gustavo III se proponía invadir Francia en combinación con los austriacos, los sardos, los españoles y los príncipes del Imperio... Catalina, aquella semi diosa que ví en brioso alazán, se negó a apoyar los planes en contra de la revolución francesa... No sé porque extraño presentimiento, mi alma de niño amó a aquella mujer que había de ser luego tan amiga de mi maestro Miranda... Dos días después, herían por la espalda a Gustavo III en un baile de máscaras... Olañeta huyó precipitadamente de Es-

toelmo, abandonándome en la fuga. Sólo... hambriento, pasando fatigas que dieron fortaleza a mi espíritu, antes que amortiguarlo, llegué a París en pleno terror.

NICORA—¡Oh...! tu odisea es más terrible que la mía...

ANGULO—Eso no es nada. Acababan de eliminar la Gironda. Los patriotas de Robespierre y los fanáticos de la Convención, no se satisfacían hasta obtener el gobierno jacobino, que llegó como un alud...

NICORA—Miranda ya estaba en París...

ANGULO—Si. Sabedor un comerciante de la Port Royale, de que yo era americano, me recomendó a Miranda, quien me acogió carifosísimo en su quinta de Versailles... Le fuí muy útil... Me quiso mucho; me enseñó, alzándose hasta su altura, que todos los hombres somos iguales; que todos podemos luchar por la felicidad y el libre usufructo de nuestra persona; que debemos rebelarnos contra la opresión; que el pueblo es soberano y que todo gobierno que no se asiente sobre el libre consentimiento de la sociedad constituye una usurpación...

NICORA—¡Viva Juan Jacobo...!

ANGULO—Sí... ¡Viva! Formado el ejército revolucionario que levantó el empréstito forzoso entre los ricos, Miranda me mandó a Lyon donde 30.000 obreros sin jornal no se contentaban con el pan barato; allí recibí órdenes de seguir a Marsella, donde debía encontrarme con el maestro. Entonces zarpé para Puerto Cabello con la carta destinada a Zubezú, habiendo adquirido el compromiso de retornar a Marsella. Llegué un 2 de junio... cuando salían sobre París los batallones voluntarios. Entonces nos separamos. El maestro se marchó a París y yo a Toscana. Allí me escribió al salir de la prisión, enviándome instrucciones para trasladarme a Buenos Aires. Y aquí me tienes, disfrazado de barbero, para lograr metimiento desde el palacio del virrey a la última vivienda de los esclavos que ya son nuestros aliados...

NICORA—¿Sobre qué plan actúas?

ANGULO—Ya te lo he dicho: azuzando el odio a los franceses para distraer la acción policial de Alzaga y accionar nosotros libremente. Todo va bien. El amanuense del virrey, es un amante despedido. Adora arteramente a la virreyña, pero esta mantiene entrevistas secretas con Liniers, un joven marino francés, caído en sospechas de jefe de una conspiración química que trata de castigar Alzaga.

NICORA—Ahora comprendo... Manrique por vengarse de su rival...

ANGULO—Acumula pruebas en contra de Liniers...

NICORA—Hay que sustraer entonces, el pliego de la paz de Basilea que ordenará el respeto a la vida y a la hacienda de los franceses en las colonias...

ANGULO—En Buenos Aires no hay más que treinta. Pero Alzaga ve surgir franceses por todas partes... ¿Dónde está la carpeta con las órdenes reales?

NICORA—Aquí la tengo...

ANGULO—¿Cuántos sobres han venido?

NICORA—Diez y seis y están todos con obleas.

ANGULO—¿En el sobrescrito no se sintetiza el contenido de las órdenes? Algunas veces suelen... yo he tenido en mi mano...

NICORA—No... Pero en fin, veamos... (Abriendo la carpeta que está sobre el banco). Es peligroso que aquí... Si nos sorprenden...

ANGULO—(Mirando hacia el pabellón). Saca el que sea más voluminoso. No te apures. Yo vigilo. El tratado debe tener 36 pliegos... Palpa bien...

NICORA—(Busca y saca uno de los sobres). ¿Esté? ¿Acertaremos?

ANGULO—Dámelo que voy a abrirlo.
NICORA—Tiene seis obleas...
ANGULO—Quedarán intactas. Mi navaja bien filosa, cortará suavemente uno de los bordes... ¿ves? (cortando) así... y si no fuera el tratado, con la goma de pegar pelucas, volveré a cerrarlo, muy limpiamente, muy hábilmente... ¿Ves?... ya está... vigila... cierra... cierra la carpeta... «Palacio de San Ildefonso... A los... S. M. el rey ordena...» ¡ira de Dios!... no es...

NICORA—Gente... gente...
ANGULO—(Guardándose en el pecho el documento).

ESCENA QUINTA

Dichos, Alzaga y Manrique por el pabellón de la izquierda

MANRIQUE—Ahí tiene Vd. al teniente de correos.
ALZAGA—Llévese Vd. a Angulo con cualquier pretexto y déjeme solo con él.
MANRIQUE—Angulo... aprovechemos estos minutos de espera hasta que llegue el virrey. Límpiame la cara.
ANGULO—Estoy a sus órdenes, señor.
MANRIQUE—Pues en marcha. Vamos a mi aposento. (Mientras recoje sus trébejos Angulo, habla aparte Manrique con Alzaga, aprovechando este fugaz momento para decirle a Nicora, precipitadamente):

ANGULO—Por si no nos vemos aquí te espero a las 12 de la noche, en mi casa del barrio del Pecado. Vete sin linterna. La puerta estará sin pestillo. Empuja.

NICORA—Allí me tendrás.
ALZAGA—(En alta voz). A la fresca del jardín aguardaré a su señoría el virrey. Haga Vd. tranquilamente su tocado, señor Manrique.

ANGULO—Mucho ojo con este (aparte a Nicora).
NICORA—Descuida.
MANRIQUE—En marcha, Angulo.
ANGULO—Soy de Vd... (Vanse derecha, al palacio).

ESCENA SEXTA

Alzaga y Nicora

ALZAGA—Aquí se está muy bien, ¿verdad? Comienza a correr un fresco agradable... Por más que a Vds., hijos del trópico, nuestro verano debe parecerles primavera...

NICORA—No crea Vd., señor... El calor de aquí no le va en zaga al de mi tierra.

ALZAGA—Habría Vd. notado una gran diferencia entre la manera de vivir allá arriba y la nuestra seguramente.

NICORA—Sí... Me he dado cuenta, por lo poco que he podido observar, que Buenos Aires, es una ciudad sobria.

ALZAGA—Pero no por virtud... Sino por pobreza. Aquí nos falta el Potosí... nos faltan las minas de oro... la riqueza fácil del Perú...

NICORA—¡Oh...! ¿de qué vale el Potosí... de qué valen las minas, si ya se las llevan a la Península...

ALZAGA—Mucho quedó... mucho queda aún. Nosotros sí que no tenemos ninguna riqueza natural aquí.

NICORA—Y esa llanura que la vista no alcanza nunca a abarcar en su extensión?

ALZAGA—Ese será el Potosí, que habrá cambiado de sitio; pero cuando cambie... ya no viviremos nosotros... Por eso esta ciudad nació cartaginesa...; tuvo que dedicarse al comercio... Y

hubiera esto seguido muy bien, a no ser por el error de la expulsión de los jesuitas. España no acabará de arrepentirse de ese mal paso de Carlos III. Casi casi se han jugado las colonias en la Aventura... A Vds. las generaciones jóvenes, dueñas del solar de Carlos V, les toca defender palmo a palmo la tierra de sus mayores... Todos la codician... La Francia de la disipación y de la ignominia plebeya, se complace en hacer llegar hasta aquí la repercusión de los tronos derrumbados, de las instituciones arrebatadas a un huracán liberticida y anárquico... ¡Oh!... esa Francia... que envenena con sus locos ensueños de igualdad, debe desaparecer... y desaparecerá... No contenta con disolverse en su propia demagogía, está educando para una libertad utópica a jóvenes inexpertos... Se habrá dado Vd. cuenta de la grave misión que le toca desempeñar en el cargo, que merced a la influencia de Sobremonte ha logrado Vd. entre nosotros.

NICORA—No alcanzo a comprender mi grave misión, señor...

ALZAGA—Supongo que el Sr. Basavilbaso habrá puesto a Vd. al corriente de la vigilancia severísima que debe ejercerse con la correspondencia y especialmente con los libros e impresos que llegan de Francia y de Inglaterra... Nada de Diderot... nada de Rousseau... nada de los Enciclopedistas... locos y degenerados, jacobinos y descamisados... Todos ellos proscriptos... Cuanta obra de ellos llegue... hay que destruirla...

NICORA—El señor Basavilbaso se limitó a hacerme leer la orden real que habla de la misión del correo. En la orden se expresa que la correspondencia es inviolable...

ALZAGA—Inviolable cuando ella no atenta al mantenimiento del régimen... Y, sírvale de norma de conducta como súbdito de su majestad católica: todos los medios son legítimos para procurar la seguridad del Estado. Además, hace falta en su empleo, cierta ductilidad... cierta blandura de cera para los que estamos encargados de mantener el orden... Sea Vd. amigo mío y no le pesará.

NICORA—Desde ya puede el señor contar con mi adhesión decidida. El marqués de Sobremonte me advirtió que obedeciera a Vd en cuanto mandase, en la certeza de que ello habría de redundar en beneficio del virreynato y de los intereses del Rey nuestro Señor...

ALZAGA—Pues desde ya, voy a hacer uso de esa influencia. Su señoría el virrey, atraviesa por un conflicto moral que no le permite complicarse en estos días con los graves negocios del Estado. Por tales circunstancias, es necesario que no lleguen a sus manos los pliegos reales que se han recibido hoy. En las cartas que recogí yo mismo, de manos del señor Basavilbaso, me comunican de la Península noticias desagradables.

NICORA—Aquí tengo la carpeta.

ALZAGA—Estamos ávidos a una revuelta sangrienta. El virrey necesita hoy más que nunca la serenidad de su espíritu. Guardaremos hasta que sea oportuno, esa correspondencia...

NICORA—El señor Manrique sabe que...

ALZAGA—El señor Manrique opina como yo.

NICORA—Y si el señor Basavilbaso me preguntara...?

ALZAGA—Al señor Basavilbaso le entregará Vd. los recibos que firmará Manrique como amanuense del virrey. ¿Estamos entendidos?

NICORA—Bien claro ha hablado Vd.

ALZAGA—Le aseguro que si es Vd. discreto no le pesará el ser mi amigo.

NICORA—¿Y cuándo obtendré esos recibos?

ALZAGA—Ahora mismo... pues ahí retorna el señor Manrique.

ESCENA SÉPTIMA

Dichos, Manrique, luego Angulo

MANRIQUE—Listo. (Saliendo).

ALZAGA—Ya he conversado con el señor teniente de correos y está en un todo con nosotros. Guardará la carpeta hasta que le avisemos.

MANRIQUE—¿Guardarla él para qué? Es peligrosa tanta documentación en manos suyas... Yo ocultaré la carpeta en el bargeño de mi bufete.

NICORA—Siempre que a mí me extienda Vd. el recibo, me da lo mismo...

MANRIQUE—Ahora voy a sellárselo. (Vase al pabellón).

ALZAGA—La carpeta. (Vase también Alzaga cogiendo la carpeta en el mismo momento en que aparece Angulo). ¡Pero hombre, surjes de todas partes; no se puede dar un paso sin encontrarte...

ANGULO—Es que el perímetro en que los dos actuamos resulta muy pequeño.

ALZAGA—Es que eres un meterete... Diabla de barbero...! Si no afeitases tan suavemente... (Entrando al bufete. A través de los cristales, se les ve accionar, revisar la carpeta y abrir el bargeño).

NICORA—Nos favorece el Destino. Alzaga me ha cobornado para que no entregue las órdenes reales al Virrey. Ahí se llevan la carpeta. Hemos sacado las castañas con mano ajena...

ANGULO—¡Bravísimo! ¡Chist...! Disimula que ahí sale el amanuense. (Separándose). Taranla... la... la... lorán... (Canturreando desaparece entre el bosque).

MANRIQUE—(Desde la ventana). La carpeta denuncia diez y seis sobres y ahí no hay más que quince, teniente.

NICORA—¿Ha contado bien el señor?... O quizás sea una equivocación del señor Basavilbaso. Rectifiquemos...

MANRIQUE—Cuenta Vd. señor de Alzaga... (Entrando).

ALZAGA—Uno, dos, tres, etc. (Dentro).

ANGULO—Dí que seguramente se ha traspapelado en la oficina y que luego lo traerás...

MANRIQUE—Pues nada; falta un sobre. (Volviéndose a asomar a la ventana).

NICORA—Ha debido quedar olvidado en el despacho. Antes de anoche lo tendrá Vd. en su poder. No se preocupe por ello. (Vuelve al despacho Manrique).

ANGULO—(Saliendo del bosque). Toma... (llamándole con el sobre mismo). Están ya pegados los bordes, pero hay que dejarle secar... Dentro de un rato, lo devuelves. Ahora vete. (Entregándole el sobre).

NICORA—A las 12 en tu casa... Avisa a la mía si antes ocurriera novedad. (Se ve a Alzaga y Manrique guardar la carpeta en el bargeño).

ANGULO—Yo me escondo bajo esos árboles... Veo que están carpiendo la tierra indios que ya me responden ciegame. Adiós... (Desaparece).

NICORA—Si no mandan otra cosa los señores... (Ascendándose a la puerta).

ALZAGA—(Saliendo). Procure cuanto antes poner bajo seguro el sobre que falta y le daremos el recibo.

NICORA—Ahora mismo, señor. Hasta después señor Manrique.

ALZAGA—Y cualquier cosa que Vd. necesite... material... o moralmente...

NICORA—Señor...

ALZAGA—Con entera confianza... Soy su amigo. (Dándole una palmada. Vase Nicora por el pabellón izquierda).

MANRIQUE—Creí que no iba a reducirse...

ALZAGA—El se lo hubiera perdido. Ahora sí que el

señor de Liniers y sus secuaces no tendrán escapatoria. Hay que hacerle ver al virrey el peligro que corremos todos. Ante la evidencia de los hechos yo imagino que nos dará carta blanca y entre esta noche y mañana habrán pasado a mejor vida todos los traidores.

MANRIQUE—¿Liniers también?

ALZAGA—Ese el primero de todos.

MANRIQUE—La virreyna que tiene dominado al virrey querrá salvarle seguramente.

ALZAGA—Habría llegado entonces el momento de descubrirle los amores impuros de la virreyna con el francés. Ello es empresa terrible; pero me encargo yo de cumplirla. Ahí veo a la Monserrat.

MANRIQUE—Viene al ensayo de la comedia.

ALZAGA—Márchese Vd., que quiero interrogarla hábilmente. (Vase Manrique al palacio).

ESCENA OCTAVA

Alzaga—la Monserrat, por el pabellón de la calle

MONSERRAT—¿Cómo está Vd., señor de Alzaga?

ALZAGA—Estaba bien, pero ahora estoy mejor porque voy a tener el regalo de su presencia.

MONSERRAT—Siempre galante... No sé como han dado en decir que el señor de Alzaga es un Torquemada...

ALZAGA—¿Torquemada...? jaja... Soy justo... Soy inflexible con el delito... La solicitud que me anunció Vd., aun no la he recibido.

MONSERRAT—Llevo unos días atroz... Si no fuera por el compromiso de mañana, estaría recluida en mi casa.

ALZAGA—Este es el momento oportuno para que lo gre Vd. que volvamos a tener teatro. Escriba Vd. un breve petitorio y yo haré que el virrey provea como se pide.

MONSERRAT—Gracias... Pero seguramente no tendré que agradecerle tamaño favor.

ALZAGA—¿Pues?

MONSERRAT—He resuelto regresar a España... ¡ALZAGA—¿Por qué?

MONSERRAT—Sería inútil que hablase... No me entendería Vd... No me perdonaría su recia moral vizcaína...

ALZAGA—Mi moral tiene facetas... Mi moral es profundamente humana porque soy cristiano... Siéntese Vd. aquí... y hable Vd. con franqueza... (Llevándola hasta el banco). En más de una ocasión, desde hace algunos meses, le he dado a Vd. pruebas de una amistad sin limitaciones... Si fuera yo capaz de aventuras galantes habría Vd. creído que en mi adhesión iba envuelto algún deseo...

MONSERRAT—Señor... soy vanidosa, pero no tanto.

ALZAGA—¿Qué lucha libra esa cabecita...? ¿Qué conflictos conturban ese corazón? ¿Quiere Vd. que le allane el camino? Si... Sufre Vd. la decepción de un amor traicionero...

MONSERRAT—¡Oh! no...!

ALZAGA—Si... de un amor traicionero. Dios la tiene dejada de su mano... Parece mentira que una mujer castellana, una segoviana católica de pura cepa, haya caído en las redes de una pasión dos veces bastarda por ser el hombre dominador un enemigo de su patria y de su rey.

MONSERRAT—El corazón no sabe de patrias ni sabe de más fe, que la fe de amar; ya no soy española, ni creyente; soy el odio hecho mujer; el odio que se revuelve en la impotencia...

ALZAGA—¿En la impotencia, por qué? Hable Vd. francamente. Toda mi fuerza es suya.

MONSERRAT—Su fuerza y su poder no alcanzan a dominar los corazones ni a borrar de la cabeza el recuerdo amado...

MANRIQUE—¿Por qué? El noble esposo no ha de eternizarse en el Virreynato. Nuestro rey le tiene en grande estima y le llamará a la corte cuando él lo solicite. *(Vuelve a cerrar los ojos la virreyna. Hay una larga pausa.)*

TEODORA—Déjela Vd. reposar... Chist... *(A los indios por el jardín.)* ¡Oh! qué angustia! Descubiertos... ¿Qué hacer? ¿Qué hacer?... *(Sin atreverse a mirar a Manrique que se le va acercando lentamente.)*

MANRIQUE—Te has quedado como la cera... ¡blanca...! Y tiembblas...

TEODORA—¿Yo temblar?... *(Riendo fingidamente.)*

MANRIQUE—Sí, por tu complicidad.

TEODORA—Mi señora es inocente. Suplico que tengas piedad de su tristeza.

MANRIQUE—Mis labios no han de desplegarse para atormentarle... Alzaga se entenderá con ella antes de que el virrey conozca su deshonra. En cuanto al Sire de Bremont, no tardará en caer en nuestra zarpa... Y así que caiga...

TEODORA—¿Qué?... ¿Qué...?

MANRIQUE—*(Hace el gesto del castigo definitivo.)*

TEODORA—No... ¡no!

VIRREYNA—¿Insistes en molestarme? ¿Cómo he de imponer el silencio? ¡Vete! *(Irguiéndose en la butaca.)*

TEODORA—Señora... perdón! *(La virreyna vuelve a recogerse en su butaca.)* Descubiertos... ¿Qué hacer? ¿Cómo avisarle?... *(Vase al palacio vacilante, mirando de soslayo a Manrique.)*

MANRIQUE—¡Solos! *(Pausa larga. Manrique recorre la escena con la mirada; se oye un cantar de pájaro.)*

VIRREYNA—¡Oh! Los pájaros que despiden a la luz que se marcha...

MANRIQUE—No, señora, son los cómicos que ensayan y falsifican el cantar de una alondra que se ha posado con las alas rotas en la cruz de una sepultura.

VIRREYNA—Que se callen entonces; que se callen... *(Irguiéndose.)* Parece traer mal augurio ese cantar...

MANRIQUE—Dura poco. Su trino es fugaz.

VIRREYNA—*(Volviendo a la calma y sonriendo dulcemente.)* Cierto. Ya se callaron. *(Pausa. Vuelve a su ensimismamiento.)*

MANRIQUE—*(Después de una lucha interior avanza hasta la butaca y con voz dulcísima, casi imperceptible dice):* Señora... Estamos solos.

VIRREYNA—*(Aduelta.)* ¡Manrique!

MANRIQUE—¿Cuánta ansia por volverle a ver! ¿Se ha acordado Vd. de mí siquiera en algún instante?

VIRREYNA—Sí... No te he olvidado en mis oraciones; le he pedido a Dios que avenge tus malos pensamientos.

MANRIQUE—Los malos pensamientos siguen sobrepujando todos mis deberes y todos mis respetos. Estoy embrujado... ¡Perdón, señora... perdón...!

VIRREYNA—Si ya te he perdonado. ¿Te parece poco mi silencio? Te parece poco el sacrificio de seguir resistiendo tu presencia y de no protestar ante el virrey de tu liviandad?

MANRIQUE—¡Llama liviandad a este dolor terrible de mi amor sin premio alguno?

VIRREYNA—El premio de mi silencio, es ya la mitad de mi culpa.

MANRIQUE—Silencio por silencio, más grave es el mío... La delación de mi culpa, sería sólo causa de mi castigo, bien insignificante por cierto ya que mi vida, comparada con mi dolor, no vale nada... Mi silencio envuelve una doble traición...

VIRREYNA—¿Traición, a quién?

MANRIQUE—A Vd. señora, que merece mi verdad y a

mi rey, a quien debería toda mi sangre si ya no fuera Vd. dueña de ella!

VIRREYNA—No te entiendo. *(Abandona la butaca.)*

MANRIQUE—Hablaré más claro. Su señoría, llevada por la bondad, ha hecho gala de finura, y muy públicamente, con el sire de Bremont.

VIRREYNA—A quien conozco de larga fecha, a quien estimo mucho y me place distinguir, como allá en Cádiz.

MANRIQUE—Pero la sutileza de las gentes que rodean al virrey, ha creído traslucir en esas expansiones un discreto sentimental que perjudica a Vd. El sire de Bremont, ha tendido bien sus redes galantes como buen francés, con el único objeto de tener en su señoría, una aliada inconsciente, un instrumento eficaz, para el logro de sus planes de rebelde. El sire de Bremont está afiliado a una conjura que debe estallar en la madrugada.

VIRREYNA—¡Mentira!

MANRIQUE—El Sr. de Alzaga podría revelar a su señoría datos más elocuentes, porque el señor de Alzaga sabe que el sire de Bremont se ha introducido en palacio a deshoras de la noche a mantener largos coloquios con su señoría. Niegue su señoría que el sire, con llaves que sólo Vd. poseía, ha abierto las puertas exteriores de la capilla, burlando así a los centinelas de palacio... ¿Calla su señoría? Ya ve cómo mi silencio resulta más criminal que el suyo.

VIRREYNA—¿Qué estás forjando en contra mía? ¿Qué trama diabólica maquinan, para amedrentarme?

MANRIQUE—Ha sido, Vd. señora, víctima de una farsa amorosa inicua. Lo sabe Alzaga; lo sabe O'Gorman; lo sé yo... Lo sabe y eso es lo más grave, su terrible rival, la histrionisa que a pocos pasos de aquí, aparece como una amenaza dispuesta a caer sobre una honra en un justo derecho de venganza!

VIRREYNA—¿Esa mujer acaso, en combinación contigo pretenderá manillar mi nombre? Ahora mismo...! *(En un ímpetu vengador va a avanzar hasta donde se hallan los cómicos.)*

MANRIQUE—*(Conteniéndola.)* Señora... ¡Calma!

VIRREYNA—¡No!

MANRIQUE—El ímpetu a nada conduce. ¡Calma! Su salvación, señora, es cosa mía, siempre que Vd. no me arroje de su cielo. Una palabra suya y soy dichoso; una palabra mía y está Vd. perdida. Aliados mi vida es suya; enemigos, me pertenece la de Liniers... ¿Qué responde?

VIRREYNA—Que aliados, me repugnaría dar el amor a un villano como tú; que enemigos, no me preocupa defender una honra que sólo manché cuando mis oídos te escucharon.

MANRIQUE—Señora! *(En actitud suplicante.)*

VIRREYNA—*(Apartándole.)* ¡Atrás! Ve... ve... y cóbrate al precio que gustes el desprecio que me mereces.

MANRIQUE—Baje la voz su señoría, que pueden oírle los soldados...

VIRREYNA—¿Y qué oírían? Que su virreyna, castiga a uno de sus lacayos.

MANRIQUE—Está su señoría bien adiestrada. Pero de nada le valdrá.

VIRREYNA—¡Oh! ¡Basta! Que te estoy escuchando en demasía... Que venga el virrey. En su presencia repetirás tamaña infamia.

MANRIQUE—Inútil tal energía. Descontábamos la rotunda negación del hecho. Es lógico... Pero Alzaga, tiene en sus manos todos los hilos del engaño. Esas puertas se abrieron para una doble traición. Entre su palabra de Vd. en contra de la denuncia y la denuncia comprobada, no es difícil suponer a quien creará el virrey...

VIRREYNA—Vas a enloquecerme.

MANRIQUE—El señor de Alzaga hará entrar en razón a su señoría.

VIRREYNA—¿Dónde está Alzaga? ¡Oh! ¿Dónde ha ido?

MANRIQUE—No se apure su señoría, que ya retornará.

ESCENA TERCERA

Dichos, el Virrey Don Pedro; el capitán Pelayo, Roque

PELAYO—*(Asomándose a la puerta de la capilla.)* ¡El Virrey!

MANRIQUE—Nada tema aun su señoría... Yo callaré.

VIRREYNA—Y yo hablaré claro.

MANRIQUE—Aquí no... Repare su señoría... ¡El Virrey! *(Bajo.)*

PELAYO—*(Saliedo.)* Vaya... cumplí con Dios... Gracias capitán; gracias hermano Roque. Tengo más serenado el espíritu.

ROQUE—He oído que su señoría va a recogerse temprano, ignorando sin duda que hoy tenemos gran ceremonia en la capilla.

PELAYO—Ya... ya he visto en la penumbra las galas que adornan los altares. Me quedaré a los oficios. Pero como mañana debemos oír misa de alba y tendremos tanto tragin, abrevia la ceremonia cuanto te sea permitido... Procura que no se extienda mucho el padre José. El domingo hablé dos horas. Cosas muy sentidas, muy sabias, pero ya mi atención se fatiga... ¿Se encuentra más aliviada mi Jesusa? *(Al reparar en ella.)*

VIRREYNA—Sí, señor...

PELAYO—¿Qué dijo O'Gorman?

VIRREYNA—Que tenía exceso de fatiga...

PELAYO—Y no has hecho más que dormir... Una sola tarde salistes a caballo... ¿Pero podrás asistir a las fiestas de mañana, sin desmedro de tu salud? Si no, que las transfieran...

VIRREYNA—Sí, señor. Me ha ordenado, con el ceño muy adusto, por toda medicina que pasee por el jardín...

PELAYO—¿Pero ningún conocimiento, ni herborizaciones, ni emplastos?

VIRREYNA—Nada... señor... Si no tengo nada... Dice que debí alimentarme mucho...

PELAYO—Claro... Debilidad, no es más que debilidad. Los mejores manjares le dan náuseas... ¡Ah! *(Sentándose.)* Aquí se está muy bien. Quisiera refrescar...

MANRIQUE—Al instante, señor. *(Desaparece un momento y se supone que da las órdenes para que traigan el refresco.)*

PELAYO—Capitán.

PELAYO—Señor.

PELAYO—Si te apetece refrescar, quédate. Y tú también Roque.

PELAYO—Gracias, señor.

PELAYO—Jesusa... Alégrate un poco... Esta paz es deliciosa...

MANRIQUE—*(Volviendo del Palacio.)* Al instante será servido su señoría.

PELAYO—¿Qué voces son esas? ¿Rezan?

PELAYO—No señor. Son los cómicos que están ensayando la función de mañana.

PELAYO—¿Es cosa alegre? ¿Algún sainete para reír?

PELAYO—De todo habrá señor, aunque la Monserrat gusta de las cosas trágicas. Van a echar «El mayor monstruo los celos», de Calderón.

PELAYO—¡Pese al diablo! Hay que decirles que no. Comedias quiero. Danzas, cantares, nada para llorar. Que les avisen este deseo, ¡verdad Jesusa!

MANRIQUE—Será ya tarde para que modifiquen el programa, señor.

ESCENA CUARTA

Dichos Teodora y la servidumbre que en gran bandeja de plata trae copas como cálices y una jarra de refresco, también de plata.

TEODORA—El refresco, señores.

PELAYO—Bien venido sea. ¿Lo has preparado tú, Teodora?

TEODORA—Yo señor.

PELAYO—Ya sabes que me gusta muy dulzón.

TEODORA—Casi una libra de azúcar de Pernambuco tiene la garrafa.

PELAYO—*(Se sirve; los demás le imitan.)* Y tú, Roque, ¿no te sirves?

ROQUE—No apetezco, señor. En cambio, pido permiso a su señoría para retirarme. ¡Hay tanto que hacer en la capilla!

PELAYO—Vete pues... vete... *(Vase Roque.)*

PELAYO—*(Paladeando lo bebido.)* Nunca probé de esta hidromiel.

PELAYO—Es un brevahe muy usado en la Asunción del Paraguay. Cuando el galeno Argensola me tuvo a dieta, me dieron de esto a pasto. Atenpera y nutre. Está hecho con yerba mate, hojas de coca y torongil y pisco de Chuquisaca. Teodora lo prepara deliciosamente; no puede negarse que nació en el Paraguay.

MANRIQUE—No se olvide su señoría, que el señor de Alzaga y...

PELAYO—¿Qué? ¿Están todavía esos ahí?

MANRIQUE—No señor; se marcharon para volver.

PELAYO—Me hallo con pocas ganas de conversaciones. ¿Qué nuevas intrigas o fantasmagorías han preparado a fin de amargarme?

MANRIQUE—Intrigas-ningunas, señor. Cosas bien graves están ocurriendo desde antes que su señoría se marchase de asueto. Para no preocuparle procedimos sin denunciar algunas pesquisas a su señoría. Pero ya los hechos llegaron a un punto, que la ocultación trajera responsabilidades a sus privados, señor.

PELAYO—¿Lo oyes, Jesusa? ¿Otra conspiración, verdad?

VIRREYNA—No, señor. Se trata...

PELAYO—¡Ah...! ¿Tú estás enterada...? Véamos, véamos...

MANRIQUE—El señor de Alzaga pondrá al corriente de todo al señor virrey.

PELAYO—Este Alzaga es incorregible. Su exceso de amor al Régimen, resulta ya un martirio para mí. ¡Llegó barco de España con ingratas nuevas!

MANRIQUE—No, señor.

PELAYO—¿Y dónde está lo grave de las informaciones?

VIRREYNA—Se trata, señor...

PELAYO—No... tú no compliques... Deja que hable éste...

MANRIQUE—Repito a su señoría que el señor de Alzaga le informará más ampliamente que yo.

PELAYO—¿Acaso el programa de las fiestas de mañana se ha visto perturbado por alguna intriga en la colocación de dignidades de mi séquito?

MANRIQUE—No, señor.

PELAYO—Es necesario que me evitéis disgustos con los convidados al banquete. Que no se repita el casi motín del día de Corpus. ¿Se repartieron las invitaciones? ¿Quiénes vendrán?

MANRIQUE—Los Altolaguirre, Lezica, Anchorena, Irigoyen, Escalada, con sus respectivas esposas, Alzaga, O'Gorman, Montero, el señor-obispo y las damas de servicio.

PELAYO—Faltan; ¿verdad, Jesusa que faltan?... Te has olvidado de Manuel Belgrano, el nuevo capitán de milicias urbanas; falta Liniers...

MANRIQUE—¿Liniers, señor?

VIRREYNA—Liniers, sí.

TEODORA—Manrique... discreción. *(Aparte a Manrique.)*

PELAYO—¿Ves, Jesusa...? La tienen tomada con ese joven francés tan gallardo, tan vivaz, tan inteligente... Pónlo en la lista. *(Pausa.)*

MANRIQUE—Es el caso que al sire de Bremont se le busca inútilmente hace tres días.

PELAYO—¿Tres días? ¡Jajá...! Si así son todas las revelaciones que vais a hacerme, os las podéis guardar en el buche. ¡Tres días!

ANGULO—¿Advirtió Vd. la nerviosidad del señor de Alzaga?

MONTERO—¿Que si la advertí? Si parecía víctima del baile de San Vito. No es para menos... Pensar que el Virrey no le ha oído como otras veces cual si por su boca hablasen los Evangelios. Es tan arrogante, tan soberbio el señor de Alzaga... ¿Tú crees que realmente los prisioneros del Fuerte son reos de lesa patria?

ANGULO—En casos como el presente, al buen callar llaman Sancho.

MONTERO—Pero aquí... en la más absoluta intimidad, tú opinas que la Virreyna...?

ANGULO—Cautela señor Montero... Cautela... ¡Ojo con lo que se dice!

MONTERO—Sí, tienes razón. *(Levantándose)*. Veremos en lo que acabas estas misas... Dios quiera que no se derrame sangre... ¡Ay! y esa ceremonia que no concluye nunca. El señor de Liniers debe estar pasando por un trance horroroso en el cuarto de la guardia. ¡Vaya una flema la del francés! Con que despachaderas ha venido a palacio... Yo creo que ignorará todo lo que ocurre, porque de otra manera...

ANGULO—Acabo de verle...

MONTERO—¿Su aspecto denuncia alguna inquietud?

ANGULO—Absolutamente ninguna. Me vió de lejos... Me sonrió, enseñándome sus dientes blanquísimos... Es mucho hombre el sire de Bremont.

MONTERO—Ya estoy ansiando saber en qué forma encara su entrevista con el Virrey. Como caiga en un renuncio, los fosos del Fuerte serán con él. Pero esa ceremonia que no acaba. Yo volvería a la capilla... más temo que me repita el desvanecimiento. Si así como dí con un barbero tan hábil como tú, hallara un doctor entendido, que me curase de estas pupas que Dios confunda!

ANGULO—¿Y el doctor O'Gorman?

MONTERO—He hablado ya con él; pero la verdad, sacado de sus teorías sobre Lavater, es hombre al agua.

ANGULO—El doctor O'Gorman es un sabio; pero si por ventura encontrase algún basilicón o vegetatorio, yo le aconsejaría humildemente que se lo recetara al señor de Alzaga, que lo necesita más que Vd.

MONTERO—Estoy perdiendo carnes, Angulo...

ANGULO—Fray José nos dijo bien claro en su sermón del domingo, que la delgadez es compañera inseparable de la nobleza de cuna. Las carnes han sido hechas para los carneros y la plebe. En su semblante pálido y delicado está escrita su noble estirpe, con rasgos irrecusables.

MONTERO—No hombre... Lo que dijo fué que la carne constituía uno de los enemigos del alma, y que no se podía llegar a la perfección sin una piedad continua, ejercitada desde la infancia.

ANGULO—¿Cuna o infancia, qué más da? Es imposible apartar la una de la otra. ¿Y la flacura no es lo opuesto a lo carnal? *(Cerrando picarescamente un ojo)*.

MONTERO—Los chicos del instituto se burlaban el otro día a mis espaldas de la flacura de mis pantorrillas.

ANGULO—Por culpa de su ayuda de cámara, que le pone siempre medias blancas, sabiendo que las medias blancas hacen las piernas muy delgadas.

MONTERO—Peró, hombre, ¡já, já, já...! ¿a dónde vas a buscar todos esos argumentos?

ANGULO—Al terreno de la franqueza, señor.

MONTERO—Dime, francamente... ¿qué edad me echas? ¿No parezco muy avejentado?

ANGULO—Ignoro, señor Montero si está Vd. avejentado, puesto que no sé cuantos años tiene... Pero Vd. demuestra... pues... cuarenta años.

MONTERO—¿Nada más? ¿Pues el primer jueves de Pascua, cumplí sesenta y dos... Comienzo a derribarme... lo conozco... mis achaques... ¿Sabes lo que me aqueja? ¡El mal de piedra!

ANGULO—Distintivo de nobleza.

MONTERO—La gota.

ANGULO—Signo de mocedad valiente.

MONTERO—El estómago.

ANGULO—No conozco ningún villano que no tenga un estómago de avestruz.

MONTERO—Me veo condenado a una vejez sin hijos.

ANGULO—¡Mejor! La posteridad de los grandes hombres, concluye con ellos mismos.

MONTERO—Eso también le digiste hace días al señor Virrey. Te repites en tus consuelos...

ANGULO—En la insistencia de mis consuelos pongo lo más noble de mi espíritu...

MONTERO—Haces bien en colocarnos cristales color de rosa, para que veamos amable la vida. Cristal de rosa me colocastes cuando me despreció Carlota... ¿Tú crees que debo insistir?... Este terrible corazón que no ería canas y a quien no le salen arrugas nunca!

ANGULO—Un sabio como Vd. no debe pensar en maridajes... No por viejo, sino por sabio; los hombres superiores como Vd. están mucho más allá de la epístola de San Pablo... Mírese Vd. en el espejo del Virrey...

MONTERO—¡Un diablo! *(Llegan los ecos lejanos del órgano de la capilla)*. ¿Oyes?

ANGULO—Sí; la ceremonia ha concluído. *(Se coloca cerca de la puerta del foro)*.

MONTERO—¡Dios derrame su misericordia divina!

ESCENA SEGUNDA

La Virreyna, Teodora, Doña Urraca, Sor Trinidad, Sor María, Angela y Margarita. Damas de palacio. El Virrey Don Pedro, Alzaga, O'Gorman, Manrique, Pelayo y dichos. Al entrar el séquito, se extingue el sonar del órgano.

VIRREY PEDRO—Bien... Bien... Ya le pertenezco, señor de Alzaga. Todo llega. *(Intimamente a Alzaga)*.

ALZAGA—El tiempo apremia, señor.

VIRREY PEDRO—Capitán. *(En voz alta pero sin que por ello se distraigan los otros grupos)*.

PELAYO—Señor. *(Avanzando)*.

VIRREY PEDRO—Que custodien a las hermanitas hasta el convento. Que las precedan criados con luces. Y tú Jesusa... cambia tu santa vestidura y aguarda mi llamado. Tenemos que hablar. *(También intimamente)*.

SOR MARÍA—Hasta mañana, señor.

PEDRO—Que Dios las acompañe.

VIRREYNA—Vamos, Teodora.

PEDRO—Manrique. *(Llamándole reservadamente)*.

MANRIQUE—Señor.

PEDRO—Llama a la señora Inés Monserrat.

SOR MARÍA—*(Reverenciando al Virrey. Se despiden. Las monjas se marchan por el foro; la Virreyna, Teodora y las damas, se marchan por la primera derecha. Pelayo acompaña a las monjas; Manrique se marcha por el foro)*.

PEDRO—Angulo... Puedes retirarte. Que te den de comer; pide lecho en el pabellón de oficiales y aguarda también mi llamado. *(Angulo hace una reverencia y se marcha por el foro)*. ¡Y ahora que estamos solos, hablemos! *(Cae en la butaca, vencido muy a su pesar por la fatiga moral y física)*.

ALZAGA—Antes de nada, señor, suplico humildemente que me explique las razones que abonar la determinación de usía, respecto a la audiencia que va a concederle en palacio al sire de Bremont. Ese hombre es un traidor y un caudillo. Sus secuaces, están a buen recaudo y la lógica más elemental aconseja que le llevemos al Fuerte a declarar.

PEDRO—Tiempo habrá, para que los jueces le interroguen. Antes quiero escucharle yo. ¿Las declaraciones de los presos del Fuerte afirman su trai-

ción? Si tal sucede ¿por qué viene en vez de huir?

ALZAGA—Tiene la seguridad de toda esa gente juramentada; ninguno de ellos le ha delatado; pero del conjunto de negaciones y de protestas de inocencia, surge evidentemente que responden a un plan de rebelión en contra nuestra.

PEDRO—Si así fuera, el señor de Liniers irá también al Fuerte bajo segura custodia y pagará con su vida tamaña traición. Pero sin quitar fueros a la justicia que en nombre del Rey, habremos de aplicar no escatimando una gota de sangre, quiero yo ser antes fiscal y juez en lo que me afecta como hombre y en lo que atañe a mi honra, que juzgará por leyes propias y castigará con propia mano.

O'GORMAN—Señor, es que...

PEDRO—¡Chist!... Abórrenme Vds. las palabras dolorosas que un hombre no puede oír sin rubor a otros hombres. Con lo insinuado basta... La imaginación pone los pormenores que creís tener la obligación de decirme... No hace falta... no hace falta... Gracias Alzaga... gracias O'Gorman...

MONTERO—Y yo... como si no existiera, señor...

PEDRO—Sí que existes, Montero... pero es que tú deseas que todo fuera mentira... que todos resultasen inocentes. Eres bueno... Eres bueno y por eso me he olvidado de tí.

MONTERO—En Dios y en mi ánimo que penetra usía hasta el tuétano de mis pensamientos.

ALZAGA—Y nosotros también deseáramos la evidencia de una inculpabilidad, señor...

PEDRO—¡Así sea! Entre tanto los traidores del Fuerte, pertenecen a la ley de nuestro Amo y Señor, los traidores de palacio, me pertenecen a mí y yo juro... vana palabra... ¡jurar!... yo «digo» que mi sentencia dejará satisfechos a los que quieren sangre o a los que anhelan inocencia.

ALZAGA—Jamás lo pusimos en duda.

ESCENA TERCERA

Dichos y Manrique por el foro. Antes de las últimas palabras del Virrey, ha asomado Manrique y las oye con gesto contradictorio, de acuerdo a las conclusiones a que llega Don Pedro.

MANRIQUE—La señora Inés Monserrat está a las órdenes de su señoría.

PEDRO—Bien; quédate atento porque quiero que me llames al sire, cuando te indique.

ALZAGA—Podríamos ir nosotros entretanto al pabellón de la guardia...

PEDRO—¿A qué? No he dicho, que aquí, en mi casa, he de ser yo el fiscal y el juez? Que no le molesten con preguntas ni declaraciones, hasta que impartá mis órdenes.

ALZAGA—Yo decía para ahorrar tiempo, señor...

PEDRO—Ahorrar tiempo, sí, pero sin malbaratar la honra de nadie.

MANRIQUE—Podíamos evitarle a su señoría, diálogos inútiles que sólo harán acrecer su dolor.

PEDRO—¡El dolor...! Venga en buen hora el dolor que es tributo a la vida, pero venga a plena luz, no entre tinieblas...

ALZAGA—Para despejarlas vivimos aquí.

PEDRO—Para alumbrarlas me basto yo, haciendo la luz en lo que aun es sombra. Quiero hablar a solas con esa mujer. Aguárdenme Vds. en la biblioteca.

ALZAGA—Medita el señor...

PEDRO—¡El virrey manda que pasen a la biblioteca! *(Una pausa larga en la que todos los personajes marcan su humilde acatamiento al Virrey)*. Qué entre esa mujer. *(Alzaga, Montero y O'Gorman se van por segunda derecha; Manrique llega hasta la puerta del foro y hace una señal a la Monserrat que penetra al salón. Los tres cambian mi-*

radas de acuerdo con sus respectivos estados de conciencia. Manrique hace una reverencia y se marcha por la segunda derecha).

ESCENA CUARTA

Don Pedro y la Monserrat

PEDRO—Puedes sentarte.

MONSERRAT—Gracias, señor. *(Se sienta. Pausa)*.

PEDRO—¿Cuándo tuviste la evidencia del engaño?

MONSERRAT—Mis desconfianzas de mujer apasionada me lo anunciaron apenas supe la asiduidad del sire a Palacio. Pero callé, señor, asustada de mis propias cavilaciones y del daño que con ellas podía ocasionar. En mis dudas, quise buscarme un consuelo, convencerme de que todo era hijo de mi fantasía exaltada, de mi pasión desmedida. Nunca amé, señor, con esta fuerza que me lleva al odio; nunca sentí como hasta hoy, el imperioso dominio de otro ser sobre mi ser, ni la idea fija de una verdad dolorosa echó en mi corazón tanto veneno.

PEDRO—No... no... no des rienda suelta a tu imaginación... La imaginación en estos casos engendra fantasmas... Hechos, hechos reclamo. Pruebas... evidencia de los hechos...

MONSERRAT—¡Oh! señor... cuando se quiere como nosotros queremos, hay un consuelo en engañarse ante la evidencia de la traición... Uno anhela perdonar, olvidar, asiéndose a cualquier mentira que asegure otra vez la fe en quien nos engañó. Comprendo su estado de alma... Yo también quise engañarme... Pero en la soledad, la angustia martillaba el cerebro y la fe no venía a mi llamado.

PEDRO—¿Ante qué pruebas? ¿Ante qué realidad te faltó la fe?

MONSERRAT—Imaginando al que fué dueño mío en brazos de otra; ante las supuestas caricias y el arrebató de una emoción, que yo creí que nunca sería compartida.

PEDRO—Pero hasta ahora sigue tu cabeza creando fantasmas.

MONSERRAT—Fantasmas que fueron realidades.

PEDRO—¿Dónde?

MONSERRAT—Aquí.

PEDRO—¿Cuándo?

MONSERRAT—Durante las últimas ausencias de su señoría, el traidor ha encontrado la manera de entrar a palacio.

PEDRO—Lo sé. ¿Y a tí, quién te lo dijo?

MONSERRAT—Manrique.

PEDRO—¿Y por qué calló hasta ahora Manrique?

MONSERRAT—Por mis súplicas. Más ya toda ocultación resulta estéril a la esperanza de rescatarle. Es una pasión que viene de tiempo atrás, desde antes de vuestro casamiento, señor.

PEDRO—Sí... en Cádiz fué Liniers huésped de la casa de Castejón...

MONSERRAT—Su viaje a América, no ha tenido otro móvil que venir en seguimiento de la mujer a quien quería.

PEDRO—Por eso las cavilaciones de Jesusa... su hastío de todo; su falso mirar, su falsa angustia... ¡Oh! la traidora!

MONSERRAT—¡El sire es audaz...! Hasta hace cinco días me rindió finezas; me hizo juramentos de amor y prometió regresar conmigo a España. Al propio tiempo, fraguaba la fuga con la Virreyna. Estoy en posesión de todos los detalles. *(Pausa larga)*.

PEDRO—¿A Córdoba seguramente?

MONSERRAT—No, señor; a alta mar con rumbo ignorado. Tienen lista la goleta que ha de alejarles de estas playas. De ahí pues que el señor de Alzaga haya perdido la pista del sire. Según mis noticias, concurrirá esta noche al bodegón del barrio del Pecado, donde se encontrará con los

gunda puerta de la izquierda). ¡No...! ¡No están! Que nadie intente la salida de Palacio, que formen los escopeteros de la guardia. (Vase el capitán por el foro). ¡Angulo también traidor!

ALZAGA—Ya he mandado gente a su guarida para que secuestren papeles y proclamas. ¡Oh! yo juro por mi rey y por mi Dios que el castigo será ejemplar. Hay que poner a salvo vuestras vidas en peligro. Que enganchen la carroza. Partan sus señorías a todo escape a la quinta del Toyo.

PEDRO—¡No en mis días! El virrey estará en su puesto de honor y de peligro. Yo también iré al barrio del Pecado.

CAPITÁN—(Retornando). El sire de Bremont salió de Palacio en compañía de la señora Monserrat.

ALZAGA—Pronto...! Gente en su persecución.

PEDRO—Que proteja a la virreyna la escolta de Palacio. Que vengan tropas del Fuerte. Yo ahogaré en sangre la traición. (Suenan los redobles de la guardia llamando a formación).

ESCENA ÚLTIMA

Dichos; la Virreyna de la derecha; la Monserrat de la izquierda

VIRREYNA—¿Qué ocurre?

PEDRO—¡Calma!... Te creo, ven a mis brazos, pobrecita!

MONSERRAT—Señor... (Saliendo asustada).

ALZAGA—¡Ella! ¡Y Liniers!

PEDRO—¡Torpe de mí, que le abrí el camino para la fuga! (Continúan los redobles hasta que cae el)

TELÓN

ACTO CUARTO

A todo foro, el Río de la Plata. A lo lejos, al final de una curva festoneada de casas, surge el Fuerte. Sobresalen del conjunto del abigarrado caserío los campanarios de Santo Domingo y San Francisco. A la izquierda del actor, en segundo término la pulpería de la Pajolera, dividiendo el escenario. Alumbran el despacho varios candiles. El mostrador al fondo y detrás la botellería. A la derecha del espacio que media entre la pulpería y el lateral, varias casas sobre la barranca. Entre estas, se ve la de Angulo que se distingue por el cartel que dice: «Postizos y peinados». Es de noche. Cuando se indique, comenzará a amanecer. Puertas practibles en la pulpería: una que comunica con la calle y dos con las habitaciones interiores.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón aparecen: la Pajolera, sirviendo de beber a la gente que llena la pulpería. Ayudándole dos esclavos. En la mesa del primer término, la maja Estrella y el torero Genilito; la Pitusa, y el Chala, beben pero están de pie; la negra Dominga, en el centro, ejecutando un dancón con varios negros y negras; acompañados con guitarra y candombe un grupo que se supone va en pandilla. Circulan las botas de vino y los porrones catalanes; gritos que se funden en una alegría de ebrios y de libertos, que están lejos del ojo del amo, azusan a los bailarines que redoblan furiosamente las contorsiones de la danza sensual.

DOMINGA—(En el centro). ¡Achi! Manue que sí! ¡Mira que no!

TODOS—¡Aú! ¡Aú! ¡Aú!

DOMINGA—Que va pa allá... Que va pa allá...

TODOS—La nega de Andalgalá. ¡Gala! ¡Gala! Machi que no.

DOMINGA—¡Que sí! Josú po' Dió...

UNOS—¡Que no!

OTROS—¡Que sí!

UNOS—¡Que no!

OTROS—¡Que sí!

TODOS—¡Aú, aú, aú! Que va pa allá. La nega de Andalgalá. ¡Aú! ¡Aú! ¡Aú! ¡Aú!... ¡Oh!!!...

TODOS—(Estallan en un aplauso así que concluye Dominga su danza y su recitación coreada).

GENILITO—(Restablecido el silencio). Esto se merece una vuelta de lo añejo.

PITUSA—Destripa otro pellejo, Pajolera.

ESTRELLA—(Desde su mesa). ¿Y a tí, quién te mete Pitusa?

PITUSA—¿A mí?... ¡quién me ha de meter, tesoro. El archipampano de Sevilla... ¿Te has ofendido porque le sigo en el rumbo al Genilito?

ESTRELLA—Es que me tienes en parrillas dende que vinimos.

PITUSA—Pues habrá que sacarte... no sea que te achieharres...

ESTRELLA—¿Lo ven ustés? (En actitud agresiva, de pie).

EL CHALA—¿Pero qué va ser esto? (Dando un golpe en la mesa).

GENILITO—Eso digo yo... ¡A callarse ahora mismo!

ESTRELLA—¡Ay qué miedo!

GENILITO—A ver si por vuestra culpa este y yo...

EL CHALA—¡Tenemos que agarrarnos a navajazos! (Cortándole la frase).

ESTRELLA—¡Ay qué miedo!

PITUSA—¿Veis que sangre más negra, con perlón de los que la tienen de verdad?

ESTRELLA—Toos no podemos tenerla azul como tú... o verde... o con más colores que el arcoiris...

EL CHALA—¿Que esto se ha acabao!

TODOS—¡Sí! ¡Sí!

GENILITO—Más vino y más música. Y tú, Estrella, ya te estás bailando cosas de la tierra y tú Pitusa cantando cosas del cielo!

TODOS—¡Sí! Cante... ¡Baile!

EL CHALA—¿Pero sa acabao el vino?

PAJOLERA—Hay aquí pa inundaros...

FERNANDA—Alcanzame los palillos Pitusa, que voy a dar un repiqueito. (El Genilito coge la guitarra y toca, de pie, apoyándose en la banqueta al lado de su mesa).

ESTRELLA—(Cantando): (1).

El cristal se rompe, del calor al frío como se ha roto de alegría y pena mi corasonsiyo. Yo sentí el «erugío» del cristalito fino que se rompe del frío al fuego.

EL CHALA—(Entusiasmado). ¡Más vino!

FERNANDA—Silencio, Chala. (Todos van acercándose a las cantaoas).

PITUSA—¡Ahora yo! (Cantando):

La persona tuya es lo que yo quiero; —tenerte en mis brazos, mirarme en tus ojos— y comerte a besos.

TODOS—Bien... bien. (Sigue Genilito rasgueando).

DOMINGA—Menos cante y más baile.

EL CHALA—Eso.

FERNANDA—¡Van los palillos! (Al son de la guitarra y los palillos, bailan Pitusa, Estrella y Fernanda, entre el palmoteo y los gritos de los tertulios. Terminado el baile, todos cogen copas, botellas o porrones y beben).

GENILITO—¡Por tus ojos! (A Estrella).

(1) Para facilitar esta escena cantable y bailable, la dirección del teatro Nacional, que estrenó la obra, eligió las seguidillas con que comienza el primer acto de «Pan y toros».

EL CHALA—(A Pitusa). ¡Y por tu gracia morena!

ESTRELLA—Porque mañana se entusiasme contigo, hasta el mismísimo virrey.

TODOS—¡Eso! ¡Eso!

FERNANDA—¡Viva el Genilito!

GENILITO—Como el ganao de juego, vereis.

EL CHALA—Por la pinta no es malejo.

FERNANDA—Ya deben traerlo, ¿verdad?

GENILITO—Sí. Se acerca la hora del encierro.

PAJOLERA—¡Bueno! Esto me parece que se está alargando demasiado. ¡Basta de música!... ¡A dormir todo el mundo!

GENILITO—¿A qué vienen esas prisas?

PAJOLERA—Estoy faltando al bando. Si se enteran, me cierran la casa.

GENILITO—No te atufes y sirve otra vuelta.

PAJOLERA—¿Quién va a pagar?

GENILITO—Cuando el Genilito pide, el Genilito paga. ¿Cuánto es todo?

PAJOLERA—¡Pues a ver! Dos pellejos, cuatro botas de carlón, dos de priorato, doce embutidos, tres timbales de pasteles, tres de empanadas, tabaco, aguardiente a discreción y mi desvelo.

GENILITO—(Tirando sobre la mesa dos doblones). ¿Basta con eso?

PAJOLERA—Y aun sobra.

GENILITO—Todo pa tí.

PITUSA—Siempre rumboso...

GENILITO—Lo llevo en la sangre, morena.

PAJOLERA—(Descolgando botas llenas). Ahí va eso... Málaga y Jerez... (Tirándolas por el aire. Todos se precipitan a la rebatiña, pidiendo: «A mí»... «Esa es mía»... «A mí»).

GENILITO—No amotinarse. (Después de la algarabía todos beben en medio de un largo silencio sepulcral. Búscense actitudes naturalmente cómicas de los personajes que con las botas, los porrones, las botellas y los jarrós eubren sus caras).

ESTRELLA—Camará... Os habéis quedado sin respiro. (Bajan los brazos los bebedores).

EL CHALA—El último buche, siempre es el más largo.

PAJOLERA—A no perder tiempo, que voy a cerrar. (Se repite el episodio cómico del largo silencio mientras todos beben sin resollar).

ESCENA SEGUNDA

Dichos en la pulpería; la ronda por la calle obscura. Apenas se divisan las caras del jefe y de los dos que le acompañan llevando linternas encendidas.

JEFE—Aquí. Alto. (Llamando en la puerta de la pulpería. Todos dejan de beber al propio tiempo con las botas, las botellas, etc.)

PAJOLERA—¡Silencio! (Vuelve a llamar el jefe de la ronda). Va. (Abre). Adelante.

DOMINGA—¡La ronda... ¡Ay mi Dió!

TODOS—Silencio... Chist, etc.

JEFE—¿Hasta qué hora van a estar de algazara?

PAJOLERA—En este momento, señor, iban a retirarse.

JEFE—En marcha.

GENILITO—Como mañana hay corrida, aguardábamos la hora del encierro del ganao...

JEFE—Pues largo de aquí. Y tú, Pajolera, ¡mucho ojo!

GENILITO—(A los de la ronda). ¿Gustan refrescar?

JEFE—Gracias. (Rechazando la copa). ¡Largo he dicho! (Empiezan a moverse los personajes rumbo a la calle, menos Genilito, Estrella, Pitusa y el Chala. La Pajolera arregla las copas, etc.).

TODOS—«Buenos noches». «Buena suerte Genilito». «Salud». «Descansar». (Y desaparecen por distintos rumbos).

JEFE—¡Y Vds., a qué aguardan?

GENILITO—Ya lo he dicho: la hora del encierro.

JEFE—Valiente corrida será la de mañana.

ESTRELLA—¿Por qué?

JEFE—¡Porque es imposible torear como Dios manda, cuando se pasa la noche de orgía! Desde que mu-

rió el Toronja, la fiesta de toros va de capa caída en Buenos Aires.

GENILITO—La de mañana yo aseguro que será magnífica.

JEFE—¿Qué tal el ganao?

GENILITO—Parece que muy bueno. Es de Montevideo. Hay un berrendo en negro corneiveto...

JEFE—¿Berrendo en negro corneiveto? Alcansa vino Pajolera... más... no... no... que debemos recorrer lo que falta del barrio del Pecado.

ESTRELLA—Quédese Vd. alma mía... que ahora duerme todo el mundo.

GENILITO—¡Claro!

PITUSA—Así ve Vd. el encierro.

JEFE—No... no... Debemos llegarnos antes del amanecer al barrio de las Animas.

PAJOLERA—¿Y por qué tanta vigilancia? Con vosotros, ya es la cuarta ronda que pasa por aquí.

JEFE—Ordenes de los que mandan.

GENILITO—¿Pero de verdad no gustan beber?

JEFE—Si tanto te empeñas... alcanza la bota. (Bebe largamente). ¿Contrabando?

PAJOLERA—¡Dios me libre!

JEFE—¡Buen pajares! (Se oye el cencerro de los mansos, primero muy débilmente y luego aumentando hasta que vuelve por gradaciones a extinguirse en lontananza). ¿Eh? (Oyendo. Todos le siguen en el gesto de sorpresa primero y de alegría después al comprender que es el ganado para la corrida).

GENILITO—El cencerro de los mansos. Vamos al encierro. Hasta mañana Pajolera. (Dentro se oyen entremezclados los gritos y los silbidos de los peones que conducen a los toros).

VOCES—¡Eh!... ¡A la derecha! ¡Un! ¡Eh!... ¡Torero!

PAJOLERA—Hasta mañana. (A la ronda, al Genilito, Chala, Estrella y la Pitusa, que salen a la calle).

GENILITO—(Haciendo bocina con las manos)... ¡Percherín!...

Voz—(Muy lejana). ¡Lito! ¡Aquí!

GENILITO—Voy. (Todos menos la Pajolera y dos esclavos le siguen y desaparecen por detrás de la pulpería, rumbo a la derecha. Cesan los gritos y el sonar del cencerro de los mansos).

ESCENA TERCERA

La Pajolera, volviendo a la pulpería; los negros han aprovechado la breve ausencia del ama para beber. Cuando la sienten retornar se ponen a recoger las copas. La Pajolera ha bebido con exceso.

PAJOLERA—Pueden beber las sobras... (Cierra, se sienta y enciende un cigarro). Y en seguida a dormir... que hay que madrugar... y preparar la masa para los pasteles... ¡Ay!... ¡Ay! (Canturreando incoherentemente). «Tres ojos...» «El caballito del rey». «La linda mora que viene... que viene y se va...» (Los negros se desplomaron dormidos). Me da vueltas un poco la cabeza... Ha sido larga la jornada... «¡Ay!... ¡Ay!» «Los ojos infieles»... «Y el Namastumé»... Negro... negro... (Levantándose). ¿Qué? ¿No me oyen...? Borrachos... dormidos... Yo les voy a dar... (Descolgando un látigo de seis correas con bolas de plomo en las puntas). ¡Eh! (Dando un terrible golpe sobre el cuerpo del primer negro con que tropieza) ¡Eh! Como muerto... No me siente... ¡Eh! (A diestra y siniestra reparte los golpes. Los negros se incorporan embrutecidos más que doloridos y como sonámbulos se marchan por la puerta del foro mientras la Pajolera arremete contra ellos). Malhaya con el pajares... Y ahora sólo falta que mi marido me lo note... Hace calor... Malhaya con los conciliábulo y las conjuraciones... ¡Tanto velar inútilmente! (Vuelve a sentarse y empina la bota). ¡Ay!... ¡Ay!... El caballito

del Rey... «Yo quiero ser más libre que el aire y por eso empuño, acero vengador». ¡Ay!... ¡Ay!... (Canturreando).

ESCENA CUARTA

La Pajolera en la pulpería; Rodrigo por la barranca; lleva la linterna oculta en la capa y se aombra intermitentemente. Debe aparecer muy al foro y bajar deslizándose como una sombra fantástica, embozado hasta los ojos. Se acerca a la pulpería y llama.

PAJOLERA—¿Quién? (Sacudiendo la modorra).
RODRIGO—(Muy quedo). Yo.
PAJOLERA—(Abriendo). Que manera de tardar.
RODRIGO—(Entra y se desemboza). Cierra en seguida.
¿Por qué tienes tanta luz? (Deja la linterna).
PAJOLERA—Hasta ahora hubo parroquianos y por no hacer entrar en sospecha a los que no me dieron el santo y seña tuve que tolerar la remolienda y el bailoteo, más de lo debido.
RODRIGO—(Apaga dos candiles. Aumenta la obscuridad en la pulpería). ¿Estuvieron los portugueses?
PAJOLERA—No.
RODRIGO—Habrán recibido contraorden de Liniers.
PAJOLERA—¿Tú de dónde vienes?
RODRIGO—De lo de Layenac. No le soltaron aun del Fuerte y eso me da mala espina. Maldita sea la hora en que accedimos a refugiarnos aquí a Liniers y en complicarnos en su aventura, estando juramentados con Angulo. Fue una verdadera debilidad que puede echar por tierra todos nuestros planes. ¿No viste a Angulo?
PAJOLERA—No... (Tardando en responder).
RODRIGO—¿Qué tienes?
PAJOLERA—Nada.
RODRIGO—Te advertí que no beberias!
PAJOLERA—Estoy cansada.
RODRIGO—¡Y borracha! ¿Pasó muchas veces la ronda? ¡Espabilate! (Sacudiéndola).
PAJOLERA—Cuatro veces. Y además, vinieron escopeteros con el señor de Alzaga a la casa de Angulo.
RODRIGO—¿A la casa de Angulo?
PAJOLERA—Dicen que sacaron de allí papeles. Yo no ví nada... no quise ver nada para que no sospechasen que nosotros...
RODRIGO—¿Dónde están las proclamas nuestras?
PAJOLERA—El paquete grande metido en el balde del jagüel. Las que debía entregar a Nicora aquí. (Va al cajón del mostrador y las saca).
RODRIGO—Esas hay que destruirlas... ¡Traelas!
PAJOLERA—(Se las alcanza).
RODRIGO—(Las echa en un recipiente cualquiera; las rocia con aguardiente; enciende una en la llama del candelil y comunica el fuego a las demás. Mientras la pequeña hoguera se extingue continúa hablando). ¿Habrán preso a Angulo? ¿No vino Nicora tampoco? ¿Volvemos a la incertidumbre!
PAJOLERA—Si me hubieras hecho caso...
RODRIGO—Voy a abrir el portal de la huerta, por si acaso entra Nicora. Si llaman contesta sólo al santo y seña.
PAJOLERA—¿Y si viniera Liniers?
RODRIGO—Le haces entrar. He sabido algo terrible. Dicen que la dama que debíamos refugiarnos aquí es nada menos que la Virreyna.
PAJOLERA—¿Su señoría? Dios bendito... ¿No es entonces la cómica?
RODRIGO—Eso creía yo.
PAJOLERA—No... no es posible que la virreyna...
RODRIGO—Tal sigo creyendo. Quiera el cielo que hayan retrasado la fuga.
PAJOLERA—¿Oh...! no lo dudes. De lo contrario ya habrían venido los remeros portugueses a buscar los víveres y a esperar las órdenes de Liniers.
RODRIGO—Ciertamente... ¿Trajeron los pellejos de aceite?

PAJOLERA—Sí. Aquí están. (Señalándolos).
RODRIGO—Vete destripándolos... No es aceite, el contrabando. Son armas. Colócalas entre las bolsas de azúcar de debajo del mostrador. Ya tarda demasiado la diana del Fuerte. Veremos como amanece. ¡Otra noche en blanco y siempre la incertidumbre! No sé a qué aguardamos. (Vase por el foro). Estate atenta.

ESCENA QUINTA

La Pajolera en la pulpería; Liniers y Teodora por el lado de la barranca

PAJOLERA—(Llega hasta el recipiente en que echó Rodrigo las proclamas; revuelve la extinguida hoguera con una daga y luego, con la misma arma, abre un boquete en uno de los pellejos). ¡Vaya un arsenal! (Empieza a sacar dagas. Deja la suya y dos más en el mostrador y sigue revolviendo, hasta que llaman a la puerta).
TEODORA—(Sosteniéndose en Liniers. Ambos vienen por la derecha). ¡No puedo más!
LINIERS—Ya llegamos. Fuerza; no desmayes. Aquí... ¿ves? Esa es la casa. (Señalando la pulpería).
TEODORA—Llama pronto.
LINIERS—Sí... Ya estamos salvados. (Llegan hasta la puerta. Liniers llama).
PAJOLERA—(Arroja violentamente el pellejo destripado debajo del mostrador).
TEODORA—¡Pronto!... Pronto... ¿No te oyen?
LINIERS—Ten calma. (Vuelve a llamar). ¿Se habrán dormido? (Se agacha como para observar por el ojo de la cerradura. La Pajolera se escurre hasta colocarse en el mismo muro de la puerta). Hay luz, sin embargo. (Con voz queda) Pajolera... Rodrigo... Soy yo... Liniers... Liniers...
PAJOLERA—¿Liniers!
LINIERS—Es extraño... No responden...
TEODORA—Creo que viene gente. ¡Estamos perdidos!
LINIERS—(Llamando violentamente). Rodrigo... Pronto... pronto...
TEODORA—Caridad... ¡Abrid...!
PAJOLERA—Voz de mujer. ¡Ellos! (Quedo. Luego se acerca al pestillo y dice:) ¡Va!
TEODORA—¡Por fin!
PAJOLERA—(Abriendo). Adelante, señor.
TEODORA—(Muy tapada, es la primera en entrar). ¡Ay! ¡Qué angustia!
LINIERS—¿Vinieron los remeros?
PAJOLERA—No, señor.
LINIERS—¿Y tu marido?
PAJOLERA—En la huerta.
LINIERS—Cierra. Llámale.
PAJOLERA—(Cerrando la puerta). Al instante. ¿Será la virreyna? (Vase por el foro).

ESCENA SEXTA

Liniers y Teodora

LINIERS—Ya nada tenemos que temer. Este es un sitio seguro, aun cuando tuviéramos que quedarnos hasta mañana. Reponte de la emoción. Un poco más de angustia y la dicha será con nosotros.
TEODORA—Dios te oiga. Me abrasa la fiebre.
LINIERS—Calma, Teodora... Ya nos hemos salvado.
TEODORA—Agua... Dame un poco de agua.
LINIERS—(Le sirve agua de un botijo. Alcanzándole el vaso). Toma.
TEODORA—(Bebe con ansia de sedienta). Gracias. (Devolviendo el vaso).
LINIERS—Ahí viene Rodrigo.

ESCENA SÉPTIMA

Dichos; Pajolera y Rodrigo por el foro. Al verlos entrar, Teodora se cubre rápidamente el rostro
RODRIGO—Me daba que pensar su tardanza, señor.

Señoría... (Saludando a la tapada).
LINIERS—¿Cómo no han venido los remeros?
RODRIGO—No lo sé, señor.
LINIERS—Necesitamos llegar al bergantín antes de que amanezca.
RODRIGO—No veo como, señor. El bergantín está lejos de la costa y la barca en que podían hacer la travesía, necesita dos remeros por lo menos.
LINIERS—¿Tú no podrías conmigo...?
RODRIGO—Yo, señor... a decir verdad, demasiado me arriesgué ya en esta aventura... Agregue Vd., que apenas sé remar... El viento es contrario y las velas nos ayudarían poco...
LINIERS—Intentemos... probemos...
RODRIGO—Yo; señor... Se han puesto tan mal las cosas que...
LINIERS—Por dinero no vaciles...
RODRIGO—De qué me valdría su dinero si mañana me ahorcaban... Le repito que están muy mal las cosas... Cuatro veces pasó la ronda y hasta vinieron los escopeteros... Layenac, ya lo sabe Vd., está preso... Sus criados también... La vida... es la vida señor.
TEODORA—Sé generoso... Acompáñanos...
RODRIGO—Imposible, señoría... digo, señora...
LINIERS—Tus esclavos reman bien. Despiértales.
RODRIGO—Cualquiera les despierta... Están borrachos como cubas...
TEODORA—Interceda V., señora.
PAJOLERA—Yo...
RODRIGO—Lo más que puedo hacer es refugiarnos en el pajar de la huerta, más allá de los maizales que ya Vd. conoce y que son una manigua.
TEODORA—¿Y a qué conduciría el quedarnos?
RODRIGO—A que fuera de día... De día yo... sí... buscaría a los remeros y... pero ahora... no señora... no... Y perdonen...
LINIERS—¡Ira de Dios! Se vale de las circunstancias que me impiden... (Bajo a Teodora).
TEODORA—(Contente) (Bajo a Liniers)
LINIERS—Haz otra cosa... Ve a buscar a los remeros. Viven al final de la Alameda, dos puertas antes de la casa de Layenac.
RODRIGO—¡Un diablo! ¿Ir al centro de la ciudad a estas horas? No insista Vd., señor de Liniers... Mañana sí... Ahora peligrá mi cabeza.
TEODORA—¡Oh! qué angustia!
LINIERS—Te aseguro que no te ocurrirá daño alguno. Tengo mis papeles en regla. Lee. (Dándole el salvoconducto que les otorgó Don Pedro).
RODRIGO—Sí, señor... pero...
LINIERS—Mira... papel de Palacio... letra del propio virrey...
RODRIGO—Sí... sí señor... Ann suponiendo que este salvoconducto no hubiera sido falsificado...
LINIERS—¿Qué dices?, ¡insensato...!
RODRIGO—En estos casos, señor, no hay mengua en ser asesino, falsificador, o...
LINIERS—¡Basta!
RODRIGO—Perdón si le ofendí. Si se resuelve a aceptar el refugio del pajar, vamos, porque también es comprometido que nos quedemos aquí... Están muy mal las cosas señor y por menos que esto le cortan la cabeza a Cristo Padre!
TEODORA—No... aquí no podemos quedarnos.
RODRIGO—Esa también es mi opinión, pero...
LINIERS—Me arriesgaré a la última súplica.
RODRIGO—A mí Vd. no me suplica, me manda. Soy su criado... Pero no en eso de la barca que resulta muy peliagudo.
LINIERS—Intentaré yo solo remar hasta el bergantín.
RODRIGO—Que hay marea, que hay viento contrario, que amanecerá antes de llegar al bergantín y que serían Vds. descubiertos.
LINIERS—No importa. Lo intentaré. Acompáñame al menos a tender las velas.
RODRIGO—¡Sea! Que le hemos de hacer. Le pesará a Vd. no haber seguido mis consejos. Vamos.
LINIERS—(A Teodora que intenta seguirle). No. Tú

no. Cuando esté todo listo, vendré a buscarte. No conviene exponerse a la vigilancia de la ronda.
RODRIGO—¡Esa es otra! A ver si nos arrea un metrallazo...
TEODORA—No me dejes sola.
PAJOLERA—Estoy yo para acompañarla. No tenga temores...
TEODORA—Dame un arma.
LINIERS—¿Para qué?
TEODORA—No sé... para defenderme, para matarme... si fuera descubierta. Prefiero ofender a Dios quitándome la vida, antes que la afrenta de ser descubierta aquí.
LINIERS—¡Oh!
TEODORA—Lo exijo.
LINIERS—Toma. (Saca del cinto una pistola y se la entrega. Teodora la esconde bajo el manto). Vamos Rodrigo.
RODRIGO—Por aquí. Salgamos por la huerta.
TEODORA—No tardes. (Vase por el foro).

ESCENA OCTAVA

Teodora, la Pajolera, la Monserrat. Cuando se indique, Liniers y Rodrigo, por la puerta del foro

PAJOLERA—Siéntese su merced. (Alcanzándole una banqueta).
TEODORA—Gracias. (Sentándose).
PAJOLERA—¿Será la virreyna? No... yo no me quedo sin averiguarlo. ¿La señora no quisiera un piscolabis? Tengo rico janón de la sierra andaluza... Tengo queso de Flandes, legítimo... Tengo arenques en aceite muy refinado...
TEODORA—Gracias... gracias...
PAJOLERA—Tengo carne de membrillo y piña del Brasil; tengo... tengo unas ganas tremendas de que se destape...
TEODORA—No me apetece nada.
PAJOLERA—Hace calor, ¿verdad? ¿Por qué no se quita el manto? Aquí de todas maneras, la reserva no viene a cuento... Yo soy una tumba... Sé las cosas, me las guardo, les pongo lápida y requiescant in pace!
TEODORA—Estoy bien. No me molesta. (La Monserrat aparece por la derecha. Viene jadeante, sobresaltada, con el pelo en desorden—sin exageración—; trae el manto en la mano, como si se lo hubiera quitado por el calor).
PAJOLERA—¿Me permite su merced que termine este taquito paraguayo?
TEODORA—Haz lo que quieras
MONSERRAT—¡Allí...! ¡Allí! (Avanza hasta la puerta).
PAJOLERA—(Se arrima al candelil y enciende el cigarro. La Monserrat llama).
TEODORA—¿Quién será? ¡No abras! Espera.
PAJOLERA—¡Chist...! No se aturulle... ¡Chist...! ¡Mucho silencio! (Se levanta cautelosamente y empuja sin querer algunas botellas que ruedan por el suelo). ¡Maldición! (Vuelve a llamar la Monserrat). Escóndase Vd. ahí... (Señalándole la puerta de la izquierda. Teodora va a donde le indica la Pajolera y cierra la puerta). ¿Quién?
MONSERRAT—¡Abre!
PAJOLERA—¿Quién eres?
MONSERRAT—La mujer de Liniers... ¡Abre!
PAJOLERA—¿La mujer...?
MONSERRAT—Sí... pronto... ¿Vino Liniers? ¿Vinieron los remeros? ¡Pronto! Abre... Nada temas...
PAJOLERA—Si que está enterada. Yo no entiendo una palabra... ¿Quién será esta otra? Entre su merced. (Abriendo).
MONSERRAT—¿Vino Liniers?
PAJOLERA—No, señora... Sí, señora...
MONSERRAT—Habla sin temores... ¿Llegaron los remeros? (Entrando).

ESCENA NOVENA

PAJOLERA—¡Los portugueses qué...! (Haciendo el gesto de guillárselas).

MONSERRAT—Sí... Los marineros que debían aguardarnos para zarpar. ¡Habla!

PAJOLERA—No... no... ¡Ay! Yo enloquezo... ¿Quién será esa otra?

MONSERRAT—¿Dónde están?

PAJOLERA—Los remeros no... no... no vinieron... El señor de Liniers, sí... sí... sí... Acaba de salir con mi marido... Han ido a preparar la barca...

MONSERRAT—¡Ah! ¡Por fin! ¿Cerca de aquí?

PAJOLERA—Detrás del huerto...

MONSERRAT—¡Voy volando! ¿Por dónde? (Inquiriendo ansiosamente con el gesto el camino al huerto)

PAJOLERA—No se emocione tanto su merced. El señor de Liniers volverá aquí en seguida.

MONSERRAT—¿Ella se fué con él?

PAJOLERA—¿Quién? ¿La tapada? No... No, señora... Está ahí. Se escondió cuando llamó su merced, creyendo que era gente extraña...

MONSERRAT—¡Oh! (Entra como un torbellino a la habitación de la izquierda). ¡Infame! ¡Ya eres mía! Ya te tengo! (Ruido de cuerpos que luchan y de muebles que ruedan).

PAJOLERA—¡Dios mío! ¿Qué he hecho?

TEODORA—¡A mí...! ¡Socorro! ¡Santiago! (Dentro).

MONSERRAT—¡Calla!

TEODORA—¡Atrás!

MONSERRAT—¡No! (Suena un tiro dentro).

PAJOLERA—¡Virgen mía! ¡Socorro! ¡Rodrigo! Aquí. (En la puerta del huerto).

MONSERRAT—¡No...! (Salen al escenario luchando terriblemente; la Monserrat vence a Teodora sobre las bolsas que hay junto al mostrador y en el momento en que va a estrangularla, aparece Liniers por el foro, seguido de Rodrigo).

LINIERS—¡Infame! ¡Levanta! (Apartándola violentamente).

MONSERRAT—¡Tú!... ¡tú... (Incorporándose). ¡Déjame...! ¡Déja... me...! Estoy herida...

LINIERS—¿Qué has hecho? (A Teodora). ¿Tú fuiste?

TEODORA—Yo... sí... Que no muera...!

MONSERRAT—¡Ay! (Cayendo de bruces en la mesa). No... no es nada...

LINIERS—¿Dónde...? ¿Dónde?

MONSERRAT—Aquí... Aquí... (Señalándose el hombro y desfalleciendo sobre una silla).

TEODORA—¡Oh! Hay que salvarle... ¡Maldición!

PAJOLERA—(Descubriéndole el hombro). ¡Sangre!

LINIERS—¡Infeliz...! Un lecho... ¡Pronto!

MONSERRAT—(Reaccionando). No hace falta...

TEODORA—Sí...

MONSERRAT—¡No! Digo que... ¡ay! ¡no! (Querándose engañar a sí misma con una negación imposible).

RODRIGO—Nuestra perdición es segura si han oído el disparo.

MONSERRAT—¡Oh! (Es un quejido muy débil que se extingue al echar el cuerpo adelante, casi en los hombros de Liniers que está de rodillas destacándose entre el grupo).

PAJOLERA—¡Oh!

RODRIGO—¡Señor!

TEODORA—¡Santiago! (Creyendo que se ha muerto).

LINIERS—¡Inés...! ¡Inés! (Sacudiéndola).

MONSERRAT—Ya... ya pasó... (Reaccionando).

LINIERS—¿Dónde está tu lecho?

PAJOLERA—Allá. (Señalando la puerta de la izquierda). Liniers, incorpora a la Monserrat ayudado por la Pajolera y Rodrigo).

Dichos, en la pulpería; la ronda por la calle, de la derecha; luego Nicora, embozado, en la calle, por primer término derecha.

JEFE DE LA RONDA—Os digo qué ha sonado por aquí... UNO—No señor... en la costa ha sido.

RODRIGO—¡La ronda!

LINIERS—¡Silencio!

PAJOLERA—¡Pronto!

RODRIGO—Por aquí... (Señalando la huerta. La dirección escénica tiene que instrumentar todas las emociones de todos los personajes en este momento de angustia y de desorden. Los de la ronda, inspeccionan la calle; los de la pulpería quieren hacer mutis por la puerta del foro, pero Rodrigo los contiene). Un momento... He visto luz de linterna en la huerta.

TODOS—¡Oh! (Retrocediendo).

LINIERS—¡Descubiertos!

TEODORA—Por mi culpa.

JEFE—¿Habrá sido en la costa? Vamos a ver. ¡Alto! (Al ver a Nicora).

NICORA—¡España! (Desembozándose).

LINIERS—¡Por aquí! (Al cuarto de la izquierda).

RODRIGO—¡No! ¡Esperad! ¡Oigamos! (Silencio angustioso en la pulpería).

JEFE—¿Qué gente? (Imperiosamente).

NICORA—Gente de paz; Soy el teniente de correos.

JEFE—¡Oh...! Señor. (Reverenciándole). Solo por aquí a estas horas y sin linterna?

RODRIGO—(A la Pajolera). Nicora...

LINIERS—Vamos allá...

RODRIGO—Sí... Entrad. (Llevan a la Monserrat hasta la habitación de la derecha. Todos desaparecen menos Rodrigo).

JEFE—¿Quiere su merced que le acompañemos?

NICORA—No. Seguid vuestro camino, que yo cuidaré del mío. (Vase la ronda por detrás de la pulpería).

PAJOLERA—(Saliendo de la derecha). ¿Qué luces viste en la huerta?

RODRIGO—¡Calla! No pude apercibirme bien.

PAJOLERA—Sería la linterna de Nicora o Angulo.

RODRIGO—O la del señor de Alzaga, como anoche. (Nicora, de acuerdo con las instrucciones que le dió Angulo en el primer acto, sube los peldaños del barranco de la derecha y va directamente a la casa de aquel con pausa y cautela).

PAJOLERA—¿Abro a Nicora?

RODRIGO—No. Averigüemos antes quienes son los de la huerta. (Coge la linterna suya que al llegar de la calle dejó sobre la mesa y va hasta la puerta del foro. Hace entonces señales en dirección a la huerta).

PAJOLERA—No responden.

RODRIGO—¡No! ¿Habrá sido una ilusión? (Se ve un resplandor intermitente en la huerta). Ahí contestan. Es la señal de la gente de Angulo. Voy a ver que quieren. Entretanto que se tranquilicen. No les dejes solos. Ya vuelvo. (Vase foro).

PAJOLERA—Que situación... Mandinga anda de por medio... (Entrando a la habitación de la izquierda).

ESCENA DÉCIMA

Nicora en el barranco, Angulo por la izquierda, de detrás de la pulpería

ANGULO—Allí está... ¡Nicora!...

NICORA—(Volviéndose rápidamente). ¡Angulo!

ANGULO—Aquí pronto. (Desciende del barranco Nicora). No hay tiempo que perder. Hemos sido descubiertos. Corrí a la Residencia escapándome de palacio. Debemos jugarlos el todo por el todo. Ahí tengo parte de mi gente. Sucumbamos

matando, ya que no habrá clemencia para nosotros.

NICORA—En el puente de las Catalinas ví soldados.

ANGULO—Sí. Es la tropa del capitán Calderón que precede a los escopeteros que manda el propio virrey. En la plaza Mayor todo es confusión y desorden. Van a tocar a arrebato.

NICORA—Busquemos a Rodrigo.

ANGULO—¡Gente! (Desnudando la pistola).

ESCENA UNDÉCIMA

Dichos, Manrique. (Por la derecha)

ANGULO—¿Quién va?

MANRIQUE—¡Un momento! (Conteniéndole).

NICORA—¡Manrique!

ANGULO—¡Atrás!

MANRIQUE—Soy yo. Vengo solo. Nada tienes que temer de mí, Angulo.

ANGULO—¿Qué os trae por aquí?

MANRIQUE—La desventura y la traición. He caído en desgracia ante el virrey y debo huir. Vengo a pedir a Rodrigo que me ayude.

ANGULO—¡Mientes!

MANRIQUE—Imploro también que me ayudes tú.

NICORA—¡Se acerca gente!

ESCENA DUODÉCIMA

Dichos, Rodrigo, que se supone ha salido por la puerta del huerto y aparece por el fondo, detrás de la pulpería.

ANGULO—¿Quién va?!

RODRIGO—«Cruz de Malta». Me dice Melquiades que hemos sido traicionados. Estamos a tiempo de huir.

ANGULO—Imposible, seríamos alcanzados.

RODRIGO—Ahí tengo la barca lista para el señor de Liniers. Aprovechémosla.

MANRIQUE—¿La barca para Liniers?

RODRIGO—Ahí dentro está con ellas.

ANGULO—¿Quiénes son?

RODRIGO—Dos mujeres... Una herida.

MANRIQUE—¿La virreyna acaso?

NICORA }
 } ¡La virreyna!

ANGULO }
 } ¡No. Averigüemos antes quienes son los de la huerta. (Coge la linterna suya que al llegar de la calle dejó sobre la mesa y va hasta la puerta del foro. Hace entonces señales en dirección a la huerta).

RODRIGO—Eso creemos.

MANRIQUE—Sí... sí... ¿Dónde?

ANGULO—¡Esperad!

ESCENA DÉCIMA TERCERA

Este es el momento más difícil del acto. Muy en lojantanza, suenan las campanas de las iglesias tocando arrebato. Las tropas avanzan a tambor batiente. El redoble muy lejano va acentuándose, hasta que suenan las descargas. Liniers, Teodora, la Pajolera, salen del cuarto de la izquierda. Confusión en la pulpería y en la calle. Salen en revuelta ansiedad los libertos, negros y demás conjurados por la barranca

por la costa y por el lateral derecho. Vienen armados.

ANGULO—¡Aquí! ¡Todos aquí! (En la calle).

TEODORA—Estamos perdidos.

PAJOLERA—Es la sublevación de los esclavos que ha estallado.

LINIERS—(Abriendo la puerta de la pulpería). ¡Espera!

PAJOLERA—¡Rodrigo! ¡Rodrigo!

RODRIGO—¡Aquí!

LINIERS—(Saliendo). ¿Qué ocurre?

ANGULO—¡Liniers! (Silencio).

LINIERS—Angulo... ¡Por caridad! Salvemos a esa mujer... (Señalando a Teodora).

NICORA—Las tropas llegan.

TEODORA—¿Qué tropas?

ANGULO—Las del capitán Calderón.

LINIERS—Pronto... Dos remeros. La barca está lista.

ANGULO—Rodrigo: ve con dos hombres. Salva a la virreyna...

RODRIGO—Por aquí...

TEODORA—¡Caridad! (La confusión acrece. El redoble suena ya casi en el escenario; las campanas continúan tocando arrebato).

MANRIQUE—Yo la acompaño... Yo la salvaré.

TEODORA—Vamos. (Huyen Teodora, Manrique, Rodrigo y dos hombres por detrás de la pulpería).

ESCENA DÉCIMA CUARTA

Van aumentándose los grupos en el escenario. Alzaga y Don Pedro dentro

ANGULO—Avancemos sobre ellos. «Miranda y libertad!» (Los grupos siguen a Angulo. En ese momento estalla una descarga cerrada).

ALZAGA—¡A los que huyen!

UNA VOZ—¡Fuego! (Suena la descarga).

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, Alzaga, Don Pedro, Pelayo, O'Gorman, soldados. La gente de Angulo contesta a las descargas.

TEODORA—(Vuelve al escenario. Viene herida mortalmente). ¡Santiago! (Cae en mitad del escenario).

ALZAGA—¡Que incendien el maíz! ¡Que no se escape ninguno!

DON PEDRO—¡Aquí! ¡Aquí!

ALZAGA—¡El! ¡Prendedle!

LINIERS—(A Don Pedro). Las circunstancias, señor, me han colocado en esta situación de la que no soy responsable. La saña de este hombre (por Alzaga) me persigue y es para salvar la vida de tantos inocentes y para que las cosas se aclaren que me entrego prisionero. (Entregando su espada).

ALZAGA—¡Apoderaos de su persona!

TEODORA—¡Perdón! ¡Perdón!

PEDRO—¡Teodora!

ALZAGA—¡Muerta!

LINIERS—¡Teodora!

FIN DEL DRAMA



NÚMERO PRÓXIMO

DE

IDEAS Y SIGURAS

ACTUALIDAD ANARQUISTA

Alberto Ghiraldo

Y LAS LEYES DE EXCEPCIÓN

Por DELIO MORALES

Dr. Juan E. Carulla

MÉDICO

HORAS DE CONSULTA

De 1 a 3 p. m.

MEJICO, 932 — U. T. 365, Libertad

Imprenta "ALSINA"

VICTORIA, 1287

U. T. 4410, Libertad. = BUENOS AIRES

OBRAS EN VENTA

EN LA ADMINISTRACIÓN DE "IDEAS Y FIGURAS"

LA CRUZ (Drama en 3 actos) \$ 1.00 ^{m/n}

SANGRE NUESTRA » 2.00 »

ALBERTO GHIRALDO por Juan Mas y Pi » 0.50 »

MARIA CLARA (Novela por Margarita
Audoux) » 1.00 »

CRÓNICAS ARGENTINAS por Alberto
Ghiraldo » 1.00 »

ALMA GAUCHA (Drama en 3 actos y
6 cuadros) por Alberto Ghiral-
do (2.^a edición) » 0.50 »

LA COLUMNA DE FUEGO (Drama en
3 actos y 5 cuadros) por Al-
berto Ghiraldo » 1.00 »

Envío libre de porte a cualquier punto de la República.
Descuento a los libreros y Agentes de IDEAS Y FIGURAS.
Pedidos a la administración de esta revista, calle VICTORIA,
1287, Buenos Aires.

Administración de IDEAS Y FIGURAS: VICTORIA, 1287. — Bs. Aires. Núm. suelto, 20 cts.

Imp. «ALSINA», Victoria, 1287.